HOMBRE DE AMERICA

FUERTE Y LIBRE

16



30 CENTAVOS
0.10 dólar en el exterior

Fragmento para un mural DEMETRIO URRUCHUA

DEMETRIO URRUCHUA

Pintor y grabador argentino. Nació en Pehuajó, provincia de Buenos Aires, el 19 de abril de 1902.

Cursó sus primeros años de estudio en el Estímulo de Bellas Artes. En el año 1924 partió para Francia, donde sólo pudo permanecer tres meses, durante los cuales no le fué posible estudiar con maestro alguno.

Expone en el Salón Nacional desde 1936; pero ya en 1930 había realizado su primera muestra personal en Amigos del Arte. Luego, en las mismas salas, otra muestra individual en 1938, y en 1939 una exposición completa en Montevideo.

En la presente temporada se ha de inaugurar en el Museo de Arte Moderno de Nueva York una muestra de estampas suyas de la actualidad.

Decoró al fresco la Universidad de Mujeres de Montevideo, que son cinco grandes paneaux de siete metros por tres, y que se inaugurará próximamente.



Grabado para un album. Punta seca

POSICION

LO que realmente importa en un artista no es solamente el valor plástico de su obra sino, muy por el contrario, importa siempre y ante todo su ubicación como hombre en el mundo que vive y su interpretación de él, de lo cual surgirá invariablemente el carácter de la creación personal, que hoy equivale a decir su sentido contemporáneo y su **verdad** sin limitación. Importa, pues, al artista, ya use los elementos que quiera, afirmar en su obra una concepción de los hechos... imponer un espíritu y divisar un horizonte.

De tal forma no creo que al arte de nuestro tiempo se le quiera limitar a un accidente individual puramente desprendido del dinamismo de la vida, en su grandioso acontecimiento actual.

El arte, o para ser más preciso, la creación del hombre, estuvo y estará siempre ligada a la angustia o al anhelo de la hora que se vive. Creyendo firmemente en tal principio, es como me veo precisado a infundir a mi pintura y exigir del arte moderno una autenticidad moral y un carácter subversivo... digamos mejor, un espíritu intolerante... impulsivo... si bien con profundo acento poemático. Así es como no acepto como arte de nuestra época, al que no lleve el sello de ella, en su esencia misma. No creo en el arte por el arte, pero sin desconocer valores, afirmo que es la cortina donde se ocultan los que no sienten la hondura de la hora presente... ni tienen nada que cantar... ni palabra alguna que dar generosamente al hombre, pasando por la vida como gustadores... espectadores... y turistas. Así es como no creo en el arte —repito— como problema de taller descarnado de todo ardor humano, y al margen de sentido moral alguno, o desprovisto de la fe y el amor al hombre.

Desde luego pienso que la pintura actual se ha de ir encaminando hacia los grandes frescos murales, puesto que ha de ser el lugar que le corresponde, ya que su función se ha de operar en un marco social-colectivo sin la limitación a que le obliga el cuadro de caballete.

Siendo así, honestamente, todo aquello que pinto o grabo, tiende a remarcar... simbolizar... o cantar este enorme y angustioso problema de trasmutación social que se está operando en el mundo. Tal, creo yo, es lo que nos corresponde hacer a todos los espíritus libres, que vivimos intensamente el momento actual, para que el arte moderno sea un acento puro de nuestra época; una verdad contemporánea y un principio de fe en la vida y en el hombre.

DEMETRIO URRUCHUA

AMERICA LIBRE

RESPONDIENDO a nuestro reiterado llamamiento en favor de la creación de un nuevo movimiento social en América, con programa y métodos adecuados a las características del continente, hemos recibido una nutrida correspondencia, de enorme valor, que refleja a través de las opiniones, inquietudes o ideas en ella expuestas, un espíritu de renovación, de disposición a la tarea y plena conciencia de la necesidad de coordinar y dar unidad orgánica a los esfuerzos aislados de los hombres de América que nos sentimos libres.

Entre aquellas sugerencias, hay una que nos parece muy interesante, perfectamente practicable, y cuya realización implicaría el establecimiento de una base sólida para el movimiento social que anhelamos, erigiendo las posibilidades de una actuación que permita gravitar en los destinos de nuestros pueblos.

La iniciativa consiste en constituir en cada república una Asociación, integrada por todos los que coinciden en líneas generales con el ideario de HOMBRE DE AMERICA —que tanta aprobación ha obtenido— y que podría ser adaptado, en los aspectos parciales, a las necesidades de cada país o región.

Esta Asociación vincularía en el respectivo orden nacional a todos los hombres y organismos que participen de las mismas ideas y puedan coadyuvar a su materialización, tendiendo a formar filiales de la entidad en cada uno de los centros urbanos, industriales y rurales de importancia.

El nombre que se sugiere para la Asociación tiene un valor simbólico extraordinario: AMERICA LIBRE.

Varias son las razones que a nuestro juicio confieren enorme trascendencia al movimiento AMERICA LIBRE, en el supuesto de que estas Asociaciones se constituyeran.

En primer lugar porque, con una estructura sólida establecida por hombres dispuestos a actuar en sus propios países, y con un organismo interamericano de vinculación, lo que en la actualidad es una simple corriente de simpatía en torno de una revista, se transformaría en una fuerza potente, realizadora; cada hombre tendrá preocupaciones permanentes acerca de las necesidades de su nación y de América; cada Asociación será un punto de partida y de apoyo para vastas acciones continentales.

En segundo término, nos parece muy oportuno —ahora que no estamos sometidos al totalitarismo desembozado— tener como lema la misma palabra que sirve para denominar a los movimientos de los pueblos que han sido avasallados por el nazifascismo.

Todos aquéllos —Italia Libre, España Libre, Polonia Libre, etc.— son nucleamientos con fines de recuperación. Son organismos resultantes de una previa derrota, cuyo signo no pueden eludir: integrados por representantes populares que han sido vencidos, desplazados, y que ahora pugnan por la restauración del régimen anterior. Todos ellos son exilados, refugiados, hombres que deben actuar fuera de su medio. Además, deben acogerse a la hospitalidad que otros gobiernos les quieran brindar, a aceptar sus restricciones, y no expresar aquellas ideas que puedan no ser gratas a quienes les permiten hacer un mínimo de propaganda. En muchos casos, la misión de esos movimientos consiste en desempeñar el papel de satélites de grandes potencias, de cuya voluntad sin duda depende el destino de cada una de las pequeñas, débiles y desunidas naciones que ahora sólo pueden girar dentro de la órbita de las más poderosas.

El movimiento de las Asociaciones AMERICA LIBRE tendría un significado completamente distinto y, sobre todo, aspectos constructivos.

Su carácter continental, ya constituye un hecho de gran trascendencia. Porque implica que se ha superado el nacionalismo estrecho, que se ha eliminado la gravitación deprimente y negativa de la sensación de debilidad y desunión, al involucrar a todas las naciones de nuestro continente.

Pero mayor valor tiene aún si se considera que no sería un movimiento de vencidos, sino de hombres que no están dispuestos a ser derrotados. Que conocen, comprenden y aprovechan la experiencia de otros pueblos, para evitar que se repita en nuestra tierra americana. Una organización que no sólo no actuaría en el exilio, sino que no admitiría tal posibilidad; aferrada al propio suelo, a sus problemas más urgentes, a sus necesidades presentes y futuras, combatiendo en primer lugar al totalitarismo agresivo y amenazador y trabajando por crear condiciones de verdadera libertad, bienestar social y justicia para todos estos pueblos.

He aquí expuesta la iniciativa. Innecesario es declarar que la apoyamos con entusiasmo, como contará con nuestra adhesión todo lo que contribuya a materializar lo que en las columnas de la revista sólo constituye expresión de anhelos.

Naturalmente su realización depende de las condiciones existentes y del espíritu que anime a quienes deben tomar a su cargo todo el trabajo que implica. Pero nuestro conocimiento, adquirido a través de la vasta relación que posee HOMBRE DE AMERICA, nos induce a ser optimistas. Porque sabemos que hay en cada país hombres capaces de asumir tal responsabilidad, poseedores del espíritu que permite conducir todas las acciones, aun las de iniciación modesta, al mayor de los éxitos.

LA POLITICA REGRESIVA DESTRUYE LA UNIDAD CONTINENTAL

HORACIO E. ROQUE

AL ser herido el flanco derecho de Sur América por el golpe intencional de Alemania, que busca el mayor número de enemigos para justificar después su fatal derrota, podemos decir que toda América ha entrado por la vía forzosa en la zona efectiva de guerra. Ahora, no sólo ideológicamente, sino también geográficamente, la contienda es mundial. Doce naciones americanas declararon la guerra al Eje, incluso Brasil; siete han roto relaciones diplomáticas, y dos fluctúan en rara neutralidad. Cada día pónese más al descubierto lo ficticio, sobre todo en cuanto a la confusión moral y a la desorientación pública que provoca, de esa anodina neutralidad que transige o usa guantes blancos contra la quinta columna, que no puede desconocer la imposible equidistancia entre ambos frentes de lucha, sabiendo por último (y esto es inconcebible) que la tolerancia con el totalitarismo en los países neutrales, consciente o inconscientemente, entraña complicidad.

La declaración de guerra del Brasil es un hecho de gran trascendencia, por muchos aspectos. En primer lugar impone a todo neutral que aun reste en América, a una afirmación solidaria de "no beligerancia" o de ruptura diplomática, porque ahora la "neutralidad" que se mantenga violaría los acuerdos entre los veintiún países americanos, y sería un atentado flagrante contra la unidad continental teóricamente resuelta en las conferencias de Buenos Aires, de La Habana y de Río de Janeiro. Luego, esta nueva definición de posición realista americana, lleva a considerar problemas que a dicha unidad se refieren.

Ya en enero de este año, cuando apareció la Declaración del movimiento social americano renovador que tiene su expresión en HOMBRE DE AMERICA, definiendo claramente su posición y orientación frente a la propagación bélica en el continente, se expresaba que junto a la máxima ayuda a desplegar para la extirpación del totalitarismo, no debía renunciarse a los superiores objetivos de libertad e independencia de los pueblos americanos, y que la lucha fundamental, "mediante la cual haremos un daño mayor al totalitarismo que oponiendo una simbólica fuerza militar, es precisamente de carácter interno, de exterminio y aplastamiento de todas aquellas peligrosas actividades". Nuestra posición, concordante con dicho documento, por cierto no ha variado. La guerra principal que debemos declarar es la lucha abierta, en el seno de cada país americano, contra la infiltración totalitaria, pues la peor neutralidad es la que permite el desarrollo de esas fuerzas ultrarreaccionarias que llegan a penetrar en las altas esferas gubernativas, si no se las anula en su propio origen.

Una política dualista, regresiva, rige el actual destino de América: democracia declamatoria hacia afuera, terror hacia adentro. Se nota como hecho general la intervención creciente, hacia el máximo, del Estado en las actividades económicas, y una derivación paralela de absorbente fuerza política, con intentos corporativos, por si llegaran a cuajar en la indiferencia pública, en la apatía opositora; además, política reaccionaria religiosa, que aprovecha los instantes sociales más oscuros para consolidarse, convirtiendo a sus adeptos en "pregoneros" de su política, puntal de un Estado fuerte y represivo.

El contenido de solidaridad, asistencia recíproca y cooperación defensiva de las Conferencias de La Habana y de Río de Janeiro, son incompletas en su faz práctica porque se limitan a esferas oficiales, en su mayoría sujetas a un estatismo absoluto sui-géneris. De ahí que ciertas naciones americanas se oponen al totalitarismo del Eje, pero crean el suyo propio. Esto origina profunda confusión en la conciencia pública. Claro está que no puede esperarse que los gobiernos dictatoriales que también intervinieron en las reuniones panamericanas, y son los más, puedan crear una solidaridad popular directa, ya que coartan en sus propios países las libertades más elementales, y es de temer que la citada solidaridad, asistencia recíproca y cooperación defensiva, se limite a defender en común la represión gubernativa, estabilizarla, mantenerla en la postguerra, con todas sus consecuencias funestas, no sólo en lo interno sino en el lógico desemboque de rivalidad internacional entre dictadores que ultranacionalizan la mentalidad popular y despiertan atmósferas de futuras guerras fratricidas.

En la colosal contienda que desangra a los grandes pueblos, y que aplasta a los pequeños, la cruda exigencia histórica ha determinado que sean las grandes potencias, de régimen democrático en sus constituciones (que cerraron los ojos cuando el fascismo y el nazismo tomaron cuerpo porque así creyeron salvar al capitalismo en crisis), las que han debido armarse en forma vertiginosa y fantástica para destruir lo que ayudaron directamente a crear. Para salvar el futuro inmediato, para que esta guerra sea realmente una guerra total contra el avance totalitario, para que éste no siga filtrándose por las grietas democráticas después que Alemania, Italia y Japón sean vencidos, debe pensarse en que no se está luchando contra el Eje únicamente, sino al mismo tiempo contra la plutocracia imperialista que fué viciando y corroyendo la debilidad e inercia de las democracias, brutalmente estancadas en un régimen económico-clasista que las hizo involucionar, sin una posible superación hacia mejor organización societaria como debiera ser su destino en el progreso humano, hacia una ascendente soberanía popular que tenga en sus manos la directa socialización de la riqueza, sin cuyo logro la guerra actual contra el totalitarismo habrá sido sangre vertida en vano. La extirpación radical del tumor plutocrático que ha atrofiado la democracia, ya que impidió en su seno el crecimiento de las libertades, aun las más perentorias, será la condición primordial de postguerra, para hacer factible la internacionalización de los nacionalismos, que figura en las declaraciones de los dirigentes de los países aliados, y que el pueblo debe defender desde el llano para que no se convierta en simple teoría o demagogia, una vez que deje de tronar el cañón y terminen los bombardeos de ciudades abiertas. Más que un alerta debe ser un clamor exigir que el precio de tanta sangre y tanto sacrificio logre evitar que el estrecho nacionalismo que se va acentuando por defensa pasiva contra el invasor, sobre todo en los países sojuzgados por el nazismo, no se convierta en fuerza negativa para la paz y la reconstrucción. El nacionalismo exacerbado lleva fatalmente a la plutocracia, y en ella está la raíz del totalitarismo, que podría así subsistir, revivir bajo otras formas, después de vencido el Eje, en los mismos países vencedores.

Que América no imite a Europa su absurdo proteccionismo, su limitadísima ambición de liberación nacional, trabas aduaneras, regímenes antidemócratas, política y economía dictatoriales, ejercidos ahora con protexto de la guerra mundial (estados de sitio, supresión de libertad de prensa y de reunión, superconcentración económica en el Estado, corporativismo, política dirigida, inflados presupuestos, enseñanza premilitar, etc.), serán mantenidos mañana para evitar el cambio social que puede y debe originar la paz. No se puede concebir sobre esta caótica base la unidad continental, ni aun las unidades nacionales.

Todo dictador es en América un peligro para la paz. La paz de los tiranos es la "paz de los muertos" a que se refería Tácito. No es la paz de los pueblos en la libertad, viviente y constructiva. Hay circunstancias sociales en que el pueblo amordazado se debilita en el ilotismo, y sólo atina a demandar humilladamente "pan y circo", como en la antigua Roma imperial y decadente: "trigo al Forum y espectáculos gratuitos". Apariencias de libertad que tienden a hacer olvidar la tiranía o el despotismo. Es en esos períodos de decadencia popular, cuando los amos del gobierno, para desviar al "soberano", para cerrarle los ojos ante la opresión, lo distraen con aspectos secundarios: caminos y carreteras, pequeñas y falaces reformas, munificencia en los desfiles, fiestas populares a granel, pomposos carnavales, conmemoraciones de próceres oficiales, falsos o verdaderos, instauración de ciertas leyes "sociales" de doble filo, fastuosidad, oropeles, que no hacen olvidar en lo íntimo de la conciencia colectiva su necesidad histórica de libertad política y económica siempre ascendente, sin la cual los pueblos mueren, se agotan, son pasto de todas las opresiones internas y externas.

Todo dictador tiene ambición de conquistador. Está en su destino; en ello reside su vitalidad, pero también su muerte. Quiere convertirse en monitor de los países vecinos, a los que siempre procurará invadir, creando justificativos "patrióticos" ante la historia. Su política externa pretende cubrir la sujeción interna. Se dirá que este no es problema de América, donde por escasa población y amplio territorio de sus países componentes, por carencia de espacios vitales a reivindicar, no hay afán visible de conquista. Pero este camino de hoy puede ser un peligro para el mañana. Hoy todos los países de América, en mayor o menor grado, están sometidos a dictaduras manifiestas o encubiertas. ¿Se puede concebir sobre esta base la unidad de América? Un americanismo vital no puede crecer ni persistir entre naciones sometidas a gobiernos dictatoriales o despóticos. Podrá llegar a ser panamericanismo, es decir naciones débiles unidas bajo la égida de una o dos más fuertes, militarmente potentes, con aspiraciones imperialistas. Pero no será INTERAMERICANISMO, es decir interrelación y respeto mutuo, libertad recíproca, cooperación sin distinción entre naciones grandes o pequeñas, sin ninguna posible hegemonía. El verdadero americanismo radica en el mayor vínculo popular, de pueblo a pueblo. Vinculación directa, por encima de los gobiernos, entre instituciones culturales, entre las fuerzas del trabajo, y sobre todo en la formación de un movimiento social americano, celoso defensor de la unidad continental. Los acuerdos de los congresos americanos son fundamentalmente valiosos, en especial los últimos, pero a condición que los pueblos americanos sean capaces de cumplirlos, y más aún, darles una mayor proyección, haciendo de ellos un programa de acción popular continental, para exigir a los gobiernos su cumplimiento, o para realizarlos por su cuenta a pesar de la oposición. Ese programa puede tener dos fases: una de solución rápida, emergente, y otra de mayor alcance emancipador. Hay que despertar vivamente la opinión pública para que presione, sobre todo en la hora actual, a fin de que sean respetadas las condiciones más fecundas, y procurar que la presión popular vaya más allá de esos acuerdos, aunque ya lo primero sería un gran paso a dar en las condiciones presentes de las naciones americanas.

Como un ejemplo, citemos los conceptos emitidos por dos delegados de Honduras y Costa Rica, y un delegado de Guatemala, en una reunión celebrada en este mes de septiembre, en favor de una Federación Centroamericana: "La unidad permanente de América Central puede lograrse mediante la federación, aboliendo las fronteras económicas". "Podremos lograr la unidad, y por la unidad entendemos la federación: abolición de fronteras". Hermosos conceptos interamericanistas. La lucha por el unionismo centroamericano viene de lejos. Cinco repúblicas: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, la alientan desde hace más de un siglo. Unidas, podrán salvarse de todo imperialismo. Existe ya de hecho una ciudadanía común para las cinco repúblicas. Esta ciudadanía de una federación válida para cinco pueblos, nos lleva a mencionar la ciudadanía continental, que según la consideramos refluye la esfera jurídica de lo que se ha dado en llamar derecho público internacional americano, para adquirir un sentido profundamente social. Ciudadanos de las tres Américas, equivale para nosotros a ser hombre de América. El proceso de americanidad, que lleva en sí un sentido internacional sin restricciones (libre tránsito, pasaporte libre, etc.), debe reposar en dos fuentes: la ciudadanía continental, o sea la internacionalización del hombre americano, en el aspecto individual, y la interdependencia, interamericanismo, o federalismo americano en el aspecto colectivo.

Al lado de esas cinco repúblicas, también en Centro América está Santo Domingo, en manos del dictador Trujillo, que ha puesto su nombre a la capital, la más vieja ciudad americana fundada por Colón, y que nombró coronel del ejército a su hijo de tres años de edad, ejemplo típico de totalitarismo de corte americano. Este contraste con las otras repúblicas centroamericanas que buscan la federación comprueba nuestra crítica con toda evidencia, pues esta última nación está en guerra contra el Eje, lo que no priva que sea un feudalismo económico y una vergonzosa dictadura.

Política regresiva y unidad continental no pueden marchar juntas. Forman un contrasentido: una destruye a la otra. Si puede haber influencia, la unidad continental puede atenuar las políticas regresivas nacionales, pero la regresión política sólo puede convertir en letra muerta los acuerdos por la unidad continental. Pero hay un hecho cierto, y es que, cumplidas o no las resoluciones de las conferencias oficiales, sientan una base que los pueblos de América deben tomar en esencia como suya, y por otra parte de ahí ha surgido y allí solamente quedará.

La unidad continental es sólida y consciente evolución, y puede ser proceso revolucionario, hacia el internacionalismo, hacia una federación de pueblos americanos, sin fronteras, sin trabas aduaneras, de libre circulación, de libre intercambio, y no es posible concebir que, a pesar de las declaraciones emanadas de las conferencias intergubernativas, ella pueda ser realizada por las dictaduras en auge.

La unidad continental no significa la mera unión de naciones, un no aislamiento suicida para la defensa contra un peligro exterior común. Significa eso y algo más profundo: la unión para la paz, para la nueva reconstrucción postbélica. El armamentismo actual fortalece —ingenuo sería negarlo— la unión para la defensa, pero su ulterior mantenimiento puede debilitar a la larga la unidad continental en la paz. La mejor defensa contra el totalitarismo en América es la acción del pueblo contra sus infiltraciones.

Superemos lo circunstancial; vayamos a lo permanente. Y una permanente unidad continental sólo puede estar sólidamente afirmada sobre la supresión de regímenes dictatoriales, sobre la vitalísima libertad popular. No hay ni puede haber otra solución que responda plenamente a tan grandiosa finalidad.

LOS AMOS

Cuando Cristino no servía ya ni para ordeñar una vaca, don Pío lo llamó y le dijo que le iba a hacer un regalo.

—Le voy a dar medio peso para el camino. Usté está muy mal y no puede seguir trabajando. Si se mejora por allá, vuelva.

Cristino extendió la mano y miró a don Pío. La mano le temblaba y estaba amarilla.

—Mucha gracia, don. Quisiera coger el camino ya mesmo, pero tengo calentura.

—Puede quedarse aquí esta noche, si quiere. Hágase una tisana de cabrita, que eso es bueno.

Cristino se había destocado. Tenía mucho pelo, negro y brillante; la barba crecida y el pescuezo flaco. Le alumbraban los ojos como dos brasas. Era simplemente eso: dos ojos, frente, pómulos, unos pelos en la cara, y nada más. Sí, un poco de piel amarilla encima de los huesos.

—Adiosito, don Pío; que Dios se lo pague — dijo.

Bajó lentamente los escalones y se detuvo a ojear la finca. Pastaban cerca las vacas.

—Qué animao ta el becerrito — pensó Cristino.

Le gustó verlo tan alegre. El día anterior lo había curado. Tenía gusanos en el ombligo y estaba tristón; ahora correteaba con los otros.

Don Pío se levantó y salió a la galería. Era un hombre bajito, rechoncho, con los ojos pequeños y rápidos. Hacía ya tres años que Cristino le servía. El le pagaba un peso semanal por el ordeño, que se hacía de madrugada, las atenciones de la casa y el cuido de las reses. Le había salido trabajador y conforme aquel hombre, y era bueno como un tonto; pero había enfermado, y don Pío sospechaba que estaba tísico. Quizá no; como había tantos mosquitos...

—Cuando llegue a su casa póngase en cura. Cristino — dijo.

Cristino alzó la cabeza:

—Ah, sí; cómo no, don. Mucha gracia.

El sol brillante se adueñaba de toda la sabana. Desde las lomas de Terrero, casi unos cerritos, hasta las lejanas que señalaban las vueltas de San Francisco, perdidas hacia el norte, todo fulgía bajo el sol. Al filo de los potreros, lejísimo, vió Cristino dos vacas. Casi no se las percibía, ramoneando entre los troncos de palma.

—Vea, don —señaló—: aquella pinta que se aguaita allá debe haber parío hoy, porque no le veo barriga.

Don Pío se volvió lentamente, entrecerró los ojos y se llevó una mano a la frente.

—¿Usté cree, Cristino? Yo no la veo bien.

—Arrímese pa aquel lao y la verá.

Cristino la siguió con la vista. El animal iba perdiéndose tras unos matorrales. Brillaban las remotas hojas al sol, como vidrios. El sintió frío y le dolía la cabeza.

—Yo fuera a buscarla; pero me toy sintiendo mal.

Don Pío volvió al peón.

—¿La calentura? — preguntó.

—Unjú. Me ta subiendo.

—Pero ya usté está acostumbrado, Cristino. No le haga caso. Dése una vueltecita y arréemela para acá.

A Cristino empezaron a castañetearle los dientes. Sintió que se le iniciaba el sudor, un sudor frío, que le dejaba exhausto. De los propios huesos le nacía el mal. Se sentó al pie de los escalones. Casi ni miraba. Sonreía, levemente atento al becerrito, que saltaba con extraña alegría.

—¿Va a traérmela? — preguntó la voz arriba.

Cristino se pasó la mano por los ojos, recostó la cabeza entre los brazos y trató de abrigarse a sí mismo.

—¿Va a buscármela, Cristino?

Oyó la voz lejana, remota. Quería responder y no podía: se le había vuelto un trapo la lengua. ¡Qué soledad! El, don Pío, el sol. Allá, bien lejos, las vacas. Alzó la cabeza, un poco, muy poco.

—Ello sí, don; horitica. Deje que se me pase el frío, don.

El otro anduvo. Resonaron sus pasos en la galería.

—Con el sol se le quita. Mire que se me va esa vaca. Hágame el favor.

Cristino empezó a ponerse en pie. Temblaba todo. Vestía una camisa de listado sucia, estaba descalzo y hasta en los pies se le veía el mal.

—Ya voy, don — dijo.

Don Pío le señaló:

—Cogió ahora por las vueltas del arroyo, Cristino.

Paso a paso, con los brazos recogidos sobre el pecho, el peón empezó a cruzar la sabana. Don Pío se quedó mirándole. Una mujer se asomó a la puerta.

—¡Qué día tan bonito, Pío! — comentó.

El hombre no contestó. Señaló a Cristino, que seguía andando torpemente.

—No quería ir. Y ahorita mismo le di medio peso para el camino.

La mujer pareció preguntar con los ojos.

—Malagradecidos que son, Herminia. De nada vale tratarlos bien.

Ella se asomó a la galería.

—Te lo he dicho mil veces, Pío.

Y ambos se quedaron mirando a Cristino, que ya era apenas una mancha sobre la sabana verde.

REPUBLICA DOMINICANA:

JUAN BOSCH

En un continente de gandes contrastes climáticos y sociales, donde los abismos que separan a las clases pobres de las clases poseedoras son más profundos que los de la naturaleza, y donde la propia realidad económica toca las formas extremas del supercapitalismo y la feudalidad, la literatura tiene que expresarse en parejos tonos disímiles, y abarcar en su conjunto el amplio fresco de sus dramáticas discrepancias sociales.

Juan Bosch, dominicano, ilumina en sus relatos una cara del drama. El agro antillano deja de ser, así, bucólico y venturoso, como pretendía el único tropicalismo efectivo, y general a todas las latitudes: el de la ceguera y la estupidez. Y asume la veraz fisonomía que le dan sus miserias, sus angustias, sus desgarramientos.

O. C.

EN UN BOHIO

LA mujer no se atrevía ni a pensar. Cuando creía oír pisadas de bestias se tiraba a la puerta, con los ojos ansiosos; después volvía al cuarto y se quedaba allí un rato largo, insensible como piedra.

Era una miseria el bohío. Ya estaba negro de tan viejo, y adentro se vivía entre tierra y hollín. Se volvería inhabitable desde que empezaron las lluvias; ello lo sabía, y sabía también que no podía dejarlo, porque fuera de esa choza no tenía una yagua donde ampararse.

Otra vez rumor, y un lejano estallido. Corrió a la puerta, temerosa de que nadie pasara. Esperó un rato; esperó más, un poco más: ¡nada! Sólo el camino amarillo y pedregoso. Era el viento, ahí enfrente, el condenado viento de la loma, que hacía gemir los pinos de la subida y los pomares de abajo; o tal vez el río, que corría en el fondo del precipicio, detrás del bohío. Uno de los enfermitos llamó, y ella entró, deshecha, con ganas de llorar.

—Máma, ¿no era taita? ¿No era taita, máma?

Ella no se atrevía a contestar. Tocaba la frente del niño y la sentía arder.

—¿No era taita, máma?

—No, jijo —negó—; él viene dispués.

El niño cerró los ojos y se puso de lado. En la oscuridad del aposento se le veía la piel lívida.

—Yo lo vide, máma. Taba ahí, y me trujo un pantalón nuevo.

La mujer no podía seguir oyendo. Iba a desmoronarse, iba a derrumbarse, como los troncos viejos que se pudren por dentro y caen un día, de golpe. Era el delirio de la calentura lo que hacía hablar a su hijo. ¡Y no saber con qué curarle, no saber qué hacer!

El niño pareció dormitar y ella se levantó a ver el otro. Lo halló tranquilo. Era huesos nada más y silbaba al respirar; pero no se movía ni hablaba. Siempre había sido así, desde que nació; muy callado, muy quieto.

Hedía a tela podrida el cuartucho. Ella —flaca, con las sienes hundidas, un paño sucio en la cabeza y un traje burdo de listado— se sentía también medio enferma. No sabía qué era aquello, ni quería pensarlo. Cuando volviera el marido, si era que algún día salía de la cárcel, hallaría en la puerta las cruces y tal vez los horcones del bohío parados. Y nada más, ¡nada más!

—El pobre — se oyó decir con tristeza.

Le dolía imaginar que Teo llegara, al cabo de años, y nadie saliera a recibirlo. Cuando él estuvo en el bohío la última vez —justamente dos días antes de entregarse— todavía el pequeño conuco se veía limpio, y el maíz, los frijoles, el tabaco se agitaban a la brisa de la loma. Pero Teo se entregó, porque le dijeron que podía probar la propia defensa y que no duraría en la cárcel, y los muchachos —la hembrita y los dos niños—, tan pequeños, no pudieron mantener siempre limpio el conuco ni ir al monte a tumbar los palos que se necesitaban para arreglar los lienzos de palizada que se pudrían. Después llegó el temporal, aquel condenado temporal, y el agua estuvo cayendo, cayendo, cayendo día y noche, sin sosiego alguno, una semana, dos, tres, hasta que los torrentes dejaron sólo piedras y barro en el camino y se llevaron pedazos enteros de la palizada y llenaron el conuco de guijarros, y el piso de tierra crió lamas y las yaguas empezaron a pudrirse.

Pero esas cosas ni podían recordarse. Ahora esperaba. Había mandado a la hembrita a Naranjal, allá abajo, con media docena de huevos que pudo encontrar en los nidales y el encargo de cambiarlos por arroz, un poco de arroz y unos granos de sal. Se había ido muy temprano la niña, y no volvía. Y ella esperaba. Ojeaba el camino, afanosa. ¡Un hombre, que pasara un hombre!

Sintió pisadas. Esa sí era una bestia; no se engañaba. Salió al alero del bohío, con los músculos del pescuezo tensos y los ojos duros. Sentía que le faltaba aire. Esperó, mirando hacia la subida, con el pecho frío de miedo. Le temblaban las manos, y cuando vió asomar el sombrero de cana se desalentó tanto que pensó entrar. Pero se quedó allí, como clavada. Debajo del sombrero surgió el rostro, todavía una mancha oscura; y después los hombros, y el pecho, y, finalmente, el caballo. Ella vió al hombre descender, y a sus ojos crecía hasta compararse con los pinos. Desde lejos la miraba él. De pronto ella extendió un brazo y salió más. No sabía qué decir ni se atrevía a abrir la boca. "Teo, Teo, Teo" —pensaba—. Pero también pensaba en su hija, en el arroz, en los huevos y en el delirio del niño. El hombre se acercaba.

—Saludo — dijo con tono vago.

—Déme algo, alguito — se oyó ella decir.

El hombre la midió con sus ojos. Sí, era flaca y estaba sucia. La mujer habló alguna cosa sobre arroz, sobre muchachos. De pronto pareció serenarse.

—Bájese — pidió.

Sabía que ese hombre volvía del pueblo y sospechaba que llevaría dinero, acaso comida. Quizá nadie más pasaría después de él.

—Bájese — insistió.

El se tiró, todavía medio asombrado, y tornó a medirla con los ojos. Sí, estaba flaca y sucia, pero tenía algo... La boca era bonita, y los ojos...

—Yo na más tengo medio peso — aventuró él.

Serena ya, ella dijo:

—Ta bien; dentremos.

El hombre perdió su recelo y pareció sentir una súbita alegría. Agarró la jáquima del caballo y se puso a amarrarla al pie del bohío. La mujer entró, y, de pronto, ya vencido el peor momento, sintió que se moría, que no podía andar, que Teo llegaba, que los niños no estaban enfermos. Tenía ganas de llorar. No veía nada ni sabía nada.

El hombre entró y ella le vió arder los ojos.

—¿Aquí? — preguntó él.

Ella apretó la quijada e indicó que hiciera silencio. Con una tristeza tan grande que la enfermaba, se acercó a la puerta del aposento. Hedía aquello, y también hedía el hombre. Todo allí era miserable, oscuro, sucio. Vió a los niños dormitar. Entonces dió la cara al extraño, y él vió que sus ojos brillaban duramente, como los de los muertos.

—Unjú, aquí — afirmó ella al rato.

Y justamente en ese instante, cuando, respirando sonoramente, como caballo, él se le acercaba, sintió ella los sollozos afuera. Se volvió. Su piel debía cortar en tal momento. Salió rápidamente, hecha un haz de nervios. La niña estaba allí, arrimada al alero, llorando, con los ojos hinchados. Era pequeña, quemada, huesos y pellejo nada más.

—¿Qué te pasó, Minina? — preguntó.

Se olvidó del hombre, se olvidó de todo. La niña sollozaba y no quería hablar. Al fin perdió la madre la paciencia.

—¡Diga pronto!

—En el río —dijo la pequeña—; pasando el río... Se mojó el papel, y na más quedó esto.

En el puñito tenía todo el arroz que había llevado. Seguía llorando, con la cabeza metida en el pecho. La mujer sintió que ya no podía más. Entró y sus ojos no acertaban a fijarse en nada. Ni siquiera notó que allí estaba el hombre. Cuando lo vió, dijo, simplemente:

—Váyase. Vino la muchacha, mi muchacha. Aburito...

Se sentía muy cansada y se arrimó a la puerta. Con los ojos turbios vió al hombre perderse lentamente en la bajada. Ardía el sol sobre el caminante y enfrente mugía la brisa. Ya no pasaría otro ese día, ni el próximo, ni acaso nunca más. Teo hallaría las cruces y los horcones.

—Máma —llamó el niño adentro—. ¿No era taita? ¿No tuvo aquí taita?

Pasándole la mano por la frente, que ardía como hierro al sol, ella se quedó respondiendo:

—No, jijo, no. Tu taita viene dispués, más tarde.

Detrás del CONGRESO de la HISPANIDAD

VIEJOS ADALIDES DE UN DIFUNTO IMPERIO PREGONAN UN "NUEVO" ORDEN

SE está haciendo propaganda al Congreso de la Hispanidad que, según se anuncia, ha de efectuarse en nuestro país en el año próximo, con el auspicio de prominentes figuras del clero, de intelectuales argentinos de derecha y de la colectividad española que apoya al régimen del general Franco. Recientemente, con motivo de realizarse en Salta una asamblea preparatoria de aquél, se ha sabido que el Poder Ejecutivo nacional le apoyará, confiriéndole el carácter de una celebración.

Para quienes vivimos pendientes de los sucesos de gravitación en esta hora tan difícil por que atraviesa América, este Congreso de la Hispanidad tiene una importancia indiscutible, por cuanto no será una simple reunión de estudio del desarrollo histórico de la cultura ibérica —si así fuera, carecería de valor político— sino para "encontrar y precisar las raíces eminentemente religiosas del hispanismo, que es el que debe conformar nuestra cultura". Tales propósitos, hechos públicos por monseñor Tavella, principal animador del Congreso, revelan la naturaleza política del mismo, máxime cuando agrega que "la democracia se beneficiará, no poco por cierto, con los orígenes de nuestra civilización hispánica, que se inspira en los principios de la iglesia católica". Hay que vincular, pues, si queremos conocer los verdaderos propósitos del Congreso de la Hispanidad, dos cuestiones que revisten una similar gravedad para nuestro continente: la pretendida restauración del imperio ibérico, y la política de la iglesia, tendiente a especular con el peligro nazifascista en América.

En realidad, esta última cuestión es mucho más importante que la de una improbable expansión económica española total hacia nuestras tierras. Pero no por ello debemos subestimar la gran importancia del Congreso de referencia, que ha de ser utilizado seguramente como medio de propaganda del régimen franquista y su "nueva cultura". Debemos comprender que se trata de un paso decidido que la iglesia está dando en el terreno político-social a fin de aumentar su influencia e ir preparando los espíritus para el caso de ser posible la implantación del totalitarismo en América. Si no se parte de tal comprensión, resultará difícil desentrañar la demagógica política de los servidores del Vaticano, que hablan de democracia al mismo tiempo que practican la más efectiva adhesión al fascismo, en América como en todo el mundo. Analicemos objetivamente algunos hechos y expresiones de esa política.

De los hombres que animan la idea del Congreso de la Hispanidad, hay que tomar principalmente a monseñor Tavella, su propagandista número uno, y se tendrá personificada a la demagogia. Aparte de sus numerosas declaraciones a la prensa, de hace un año, en las que hizo derroche de su "espiritual" afán de hallar analogías culturales entre nuestra tradición liberal y el carácter civilizador (y católico) del ex-imperialismo español, tenemos ahora declaraciones frescas e igualmente contradictorias, pero si se quiere más claras aun. Simultáneamente con sus votos por que "la democracia se beneficie con los orígenes de la civilización hispana", ha dicho que la oportunidad de efectuar el Congreso se ha presentado "como resultado de un viaje a España, después de la guerra civil". ¿Qué espíritu benévolo ha de hallar la democracia —el concepto de democracia, se entiende— en la España de hoy, que ni siquiera es completamente hispana, por su sometimiento al nazifascismo? En cuanto a las restantes personalidades que acompañan al ilustre prelado criollo en esta iniciativa, bastaría mencionarlas para poner en evidencia la finalidad reaccionaria que las inspira: no hay una sola entre ellas que no esté claramente catalogada, ante nuestro pueblo como fascista, nazi o, por lo menos "conservador".

Una explicación más o menos lógica de esta original "empresa imperialista" puede hallarse recordando el reciente discurso del general Franco, jefe del gobierno español, acerca del cual se ocupó la prensa argentina con un tono que causaba grima. Fué una exposición franca (valga el término) del anhelo imperialista del fascismo español, que aspira a retrotraernos a la condición de países coloniales, para salvar la economía y la "gloria" de España. Tal pretensión resultaría pueril e ilusoria, teniendo en cuenta el espíritu independiente americano —que recién ahora empieza a concretarse en el afán de romper con todas las ligaduras imperialistas— si no se tuviera el pensamiento puesto en una posibilidad real, la única: la victoria del totalitarismo en la presente guerra, que daría pie a la restauración del imperio español. Tal el pensamiento que guía a Franco, y que conocen bien monseñor Tavella y sus colaboradores; de ahí que mientras hablan de la democracia como "un bien espiritual", trabajan para el fascismo, incluso con la realización de este Congreso de la Hispanidad, tan civilizador y católico.

Ninguna crítica a la política reaccionaria de la iglesia resultará completa si no se pone en claro ese doble juego que hoy la caracteriza. Porque si bien puede catalogarse sin ambajes a monseñor Tavella como católico fascista, en cambio surge para los no informados, que son muchos, la figura antítesis dentro de nuestro propio país, en monseñor de Andrea, el sacerdote amigo de los humildes, organizador de entidades gremiales tales como la Federación de Empleadas Católicas, que plantea reivindicaciones de carácter social, que habla públicamente de superar la actual democracia y lograr mayores libertades para el pueblo en la posguerra; que interviene en la solución de conflictos obreros y hasta llega a notorios acuerdos con ciertos sectores presuntamente extremistas de la izquierda política. Surge también el caso de los 143 obispos católicos que en los Estados Unidos han publicado recientemente un manifiesto apoyando ardientemente al presidente Roosevelt, con votos de fe democrática y antitotalitaria basados en los principios de libertad y dignidad humanas. Idéntica actitud ha adoptado el Seminario Interamericano de Estudios Sociales, con sede en Wáshington, hace pocos días, emitiendo una declaración fogosamente antitotalitaria. Es también sabido que en los Estados Unidos el conjunto de la iglesia católica aboga en favor del panamericanismo, aunque ponga como condición que el catolicismo debe ser la base fundamental de la unidad de nuestros países para convertirlos en baluarte del antifascismo en América.

Sin embargo, esta política democratizante de ciertos sectores del catolicismo responde en absoluto a las directivas del Vaticano, y tiende solamente a impedir que la iglesia se divorcie por completo de los sentimientos populares más arraigados en la actualidad. De ningún modo puede suponerse que ella marque una nueva conducta del clero mundial, ya que el noventa por ciento de sus acciones traducen un carácter claramente reaccionario. Aparte del comportamiento de la iglesia durante el desarrollo de la guerra española del 36/38, en la que volcó todo su apoyo a la causa fascista del general Franco, existen hechos más recientes cuya gravedad es indiscutida y que de una manera rotunda señalan al catolicismo como cómplice del totalitarismo fascista.

Hace algunos meses se efectuó una conferencia secreta entre el Papa y el ministro de Estado del Japón, la que, según manifestaciones de los mismos participantes, tuvo un "éxito eminente". A partir de esa conferencia ,todos los misioneros católicos en China acentuaron su apoyo espiritual y material a la causa japonesa en su expansión oriental. Hay actualmente en la zona de guerra del Pacífico, 1273 misioneros católicos, de los cuales muchos son norteamericanos, pero ellos mismos manifiestan que, a pesar de la invasión japonesa, no se consideran en peligro, pues reciben trato benévolo. Este trato no es por cierto igualmente benévolo para con los misioneros no católicos, de las diversas órdenes religiosas norteamericanas.

En Francia, la ayuda que prestaron a los nazis los obispos católicos ha sido superior a cuanto aquéllos esperaban. La concreción política de tal apoyo fué la incorporación del reverendo Roger Beaussart, de París, al gabinete del mariscal Petain.

En Eslovaquia, —dominada por Alemania— fué designado presidente "títere" hace un año, el sacerdote católico monseñor José Tiso, quien proclamó que su régimen de gobierno sería "una combinación de nazismo alemán y catolicismo romano", según la inspiración del estadista nazi Franz von Papen, también católico. Las matanzas de semitas en Eslovaquia están reguladas, desde entonces, por este espiritualísimo representante de la iglesia, que en lugar de suprimirlas las ha multiplicado, confiriéndoles un "valor moral" que las humaniza, seguramente.

En los países americanos de habla hispana, y no obstante el doble juego anteriormente señalado, los católicos actúan estrechamente vinculados a la Falange Española, la que es controlada directamente por el ministerio de Relaciones Exteriores de España, a cargo hasta hace poco del ultrafascista Serrano Suñer. Ese ministerio controla igualmente las actividades de los misioneros católicos esparcidos en todo el mundo, y que en América forman la mayoría. Para tales actividades tiene asignado el gobierno español, en el presupuesto del corriente año, la suma de 150.000 pesetas, y pueden resumirse en sus alcances en estas conclusiones: propaganda netamente favorable a los regímenes totalitarios, contraria a la unidad americana; preparación militar de grandes núcleos de jóvenes falangistas y católicos, en conventos religiosos, para servir de "quinta columna" cuando sea necesario; aprovechamiento de la ignorancia de numerosas poblaciones, sobre todo en los países más atrasados culturalmente, en el sentido de desarrollar una mentalidad conformista con el totalitarismo. Un dato ilustrativo a este respecto es el siguiente: el general Franco, en el año 1940, ha condecorado con la Gran Cruz de Isabel la Católica, la Medalla de los Comendadores y la Medalla de la Encomienda, a obispos de las misiones católicas en Perú, Bolivia, Guatemala y Colombia, en una ceremonia que congregó a esos y numerosos misioneros más de distintos países americanos.

En México, país donde la iglesia ha sido separada del Estado, los católicos han venido trabajando subterráneamente, como conspiradores; especularon con la ignorancia y el fanatismo de poblaciones mexicanas, obligando a las mujeres a prestarles ayuda, incluso económica, so pena de aplicarles el terrible castigo de no bautizar a sus niños. Así se mantuvieron como una poderosa secta, que apoya en todo al fascismo aunque conserve las apariencias de secta puramente religiosa. Cuando en 1937 fué creada la Unión Nacional Sinarquista de México, organización que actualmente dice contar con más de medio millón de afiliados, los católicos aparecieron como sus ocultos animadores. La Unión Sinarquista es netamente antiliberal y reaccionaria; combate por la restauración del "orden cristiano" y tiene su verdadera fuente de inspiración en el Vaticano. Y aun cuando niega públicamente su complicidad con el fascismo, hay pruebas de que recibe ayuda de los nazis y de que en pago de esa ayuda está reclutando jóvenes para una Legión Extranjera nazi; por lo demás, sus líderes aplauden a Hitler llamándole el "azote de Dios que era necesario" y se oponen por todos los medios a la unificación continental de las medidas de defensa militar contra el eje.

Citemos, para terminar, dos hechos de los más recientes, que colocan al catolicismo del lado de las fuerzas fascistas. El primero de ellos, es la actitud asumida por el Papa durante la celebración de la Conferencia de Cancilleres de Río de Janeiro, movilizando todos los resortes a su alcance para presionar a los delegados participantes y lograr resoluciones "moderadas", que significasen el desacuerdo con respecto a la defensa continental. Bien sabemos que tal propósito fué cumplido en gran parte, sobre todo en el caso particular de la lucha interna contra las "quintas columnas". El segundo y último hecho, está implícito en la reciente alocución papal referida a la guerra, en la cual quedó establecida la "neutralidad" de la iglesia ante el conflicto de naciones que azota al mundo. Este esfuerzo por aparecer imparcial resulta vano, pues sus mismas demagógicas palabras ponen en evidencia el favoritismo hacia los sistemas totalirios que amparan al Vaticano, la complicidad con el nazismo y el fascismo, que sustentan idéntico principio de autoridad totalitaria que es doctrinalmente inherente a la iglesia católica.

I. MAGUID

CINEMA

EL DRAMA DE UNA EPOCA ANTE LOS OJOS DE UN NIÑO

CUAN VERDE ERA MI VALLE

Era el valle apacible y sonriente, y sus habitantes simples y sencillos. Mas se descubrió un día el carbón, y los hombres destrozaron en las entrañas sombrías de la montaña, sus cuerpos y sus corazones. Y la carbonilla fué invadiendo el paisaje, irrumpió en la aldea, penetró en los hogares. Se infiltró en los espíritus y los hombres dejaron de ser hombres para convertirse en obreros y patronos.

En el seno de una familia minera aquel mundo repercute hondamente. El hogar se deshace ante el primer asomo de unión obrera, que suena entonces a sacrilegio, y cuando estalla una huelga; signo trágico de un tiempo de convulsiones. El dolor vuelve a unirla y la miseria vuelve a dispersar sus miembros, quienes, ante el apremio de la desocupación que entonces asoma su faz descarnada, buscan en América un mundo mejor.

Poco a poco se cubre de hollín el horizonte y se ennegrecen las almas. Aquello que los unía, el sentido de un "algo" más allá de la materia, más allá de la máquina, más allá de la sordidez humana, ese algo se difuma y pierde.

El espíritu religioso se transforma en torpe y cegatona superstición, y se deforma en la hipocresía de congregaciones.

El mundo es mecánico, y sus leyes también lo son. Los seres no alientan en sí lo divino, sino lo material: allí está encerrada la humanidad en ese círculo de hierro que se estrecha cada vez más y amenaza extrangularla.

Y un niño abre sus ojos y se estremece ante el cuadro de su valle sonriente que se ensombrece. Mas ve que los suyos conservan, aunque oscurecidos, su hondura de sentimientos, aquella primitiva fuerza que los liga aún a la tierra, a esa que ilumina el sol y cubre un cielo limpio.

Ve cómo reaccionan con una grandeza que es como el símbolo de la estirpe humana, cuyo destino no puede ser desvirtuado. El dolor los sacude y la muerte los golpea; empero los mantiene firmes la fe interior en sí mismos y en ese libro cuyo contenido pocos ya comprenden.

Sí, uno hay que mantiene vivo el espíritu de la verdadera religión, un sacerdote limpio, que vive como obrero junto a los obreros, siente y comprende sus problemas, siente y comprende sus luchas, siente y comprende sus vidas.

Y su estallido, un día, en el templo, adquiere una fuerza profética y fustiga a los que han olvidado el credo de amor de aquel cuyo nombre todos tienen en los labios y poquísimos en el corazón.

John Ford, poeta del sentimiento humano y de las luces, en cuyo manejo es maestro, con esta transposición a la pantalla consigue hacernos olvidar de que somos espectadores y nos hace vivir con aquellas sombras que se mueven ante nuestros ojos.

Consigue, además, hacer que perdonemos al cine su chatura e insipidez, su malgusto, su pornografía embozada, su labor subterránea de estupidecimiento.

Y nos hace olvidar, también, ese pretencioso ambiente de las salas de lujo, de cuyos asistentes parece mofarse un tanto al mostrarles un mundo desgarrado que ellos quizá desconozcan.

Pensamos que un film así cumple una misión que no aciertan a lograr tantos propagandistas; humanizar los problemas sociales y hacerlos llegar, de este modo, a lo hondo de muchos que serían reacios a aceptarlos presentados de otra manera.

LUIS ORSETTI

GANDHI, NEHRU y el problema de la India

Está el hombre al borde de un barranco y todavía se habla de salvar un imperio. — León Felipe

SIN relegar a segundo plano nuestra lucha contra el totalitarismo, que debe ser siempre más recia, observamos que, con respecto al problema hindú, prima una vez más la obcecación sobre el buen sentido, por parte de los dirigentes ingleses.

La guerra ha colocado a Gran Bretaña en situación de portaestandarte de la democracia, a pesar de que toda su política pasada, principalmente en la formación de su imperio —al que llamó "Commonwealth" (Comunidad de Naciones)—, fué una negación de aquélla. Por desgracia, sobre Inglaterra aun campea el espectro de Munich. Voces extraviadas por la propaganda acusan de traición al Mahatma Gandhi y a los líderes del Congreso Panhindú, ahora, cuando sobre la India sopla otra vez el viento de los trágicos días de los disturbios de Jallianvalla Bagh. Y, como una culminación de esa política de extravío, citamos esta asombrosa manifestación del actual vice-primer ministro inglés, sir Stafford Cripps: "...El gobierno de la India mostró una notable paciencia, mientras el Congreso Panhindú no se hizo solidario con los **siniestros propósitos** del comité ejecutivo, sometido a la influencia de Gandhi".

Gran Bretaña continúa su política imperialista, y ella, con respecto a la India, es ciega y egoísta; tanto más ciega y egoísta cuanto más pura y digna la actitud de Gandhi y de sus partidarios.

Destacaba Harold Laski, en uno de sus últimos artículos, que el gobierno británico se halla aún en manos de los conservadores. De ahí que dicho gobierno sea político en el peor sentido que Occidente da a esa palabra. Su actitud viola los principios de la Carta del Atlántico, la cual no rige para los hindúes, según informa W. Churchill, a pesar de ser la India una de las firmantes del pacto de las naciones unidas.

Sin embargo, es alentador observar que no toda la opinión británica está con el gobierno en este caso. Hombres como John McGovern y Fenner Brockway, del partido laborista independiente, Arthur Greenwood y Emmanuel Shinwell, del partido laborista, sir Norman Angell, Bertrand Russell y todas las agrupaciones realmente democráticas y de izquierda, han censurado acerbamente la política seguida con la India, y han tildado de lamentables las últimas declaraciones de Churchill.

La actitud de los líderes hindúes es, en cambio, profundamente humana. El "satyagraha" no es sólo la desobediencia civil, sino que significa también atenerse a la verdad. Véase el tono de este fragmento de la respuesta dada por el Congreso Panhindú a las proposiciones que llevara Stafford Cripps el 11 de abril del corriente año:

"Es manifiesto que el actual gobierno de la India, así como sus agentes provinciales, son incompetentes e incapaces de soportar el peso de la defensa de la India. Sólo el pueblo hindú, por medio de sus representantes populares, puede llevar a cabo con eficacia dicha tarea. Eso solamente podría lograrse por medio de la libertad inmediata y asumiendo ellos la responsabilidad plena de los hechos".

Los autores de estas palabras serenas y meditadas reciben, en uno de los centros más importantes de la cultura occidental, el calificativo de "archisaboteadores". (Declaración de Leopold Amery hecha el 11/9/42).

Fuera de Inglaterra se hallan también los que se dedican a sutilizar el insulto y, en lugar de acusar, esgrimen el tan manido argumento de que los hindúes constituyen un pueblo atrasado, que debe permanecer bajo tutela; y, para reforzar sus afirmaciones, se escudan en la autoridad de Adolfo Hitler (véase editorial de "La Prensa", del 4/9/42).

Como única respuesta a esta manera de pensar, reproduciremos a continuación un párrafo de Elíseo Reclus, el gran sabio humanista francés, muerto en 1905:

"El conjunto de civilizaciones distintas (en la India) provoca situaciones complejas, en las cuales un espíritu superficial puede atribuir a un "poder fuerte" honores que no le corresponden ni remotamente siquiera. Así se elogia al gobierno británico, por haber abolido en la India los "suttee" o sacrificios de las viudas en el mismo fuego que consumía los cadáveres de sus esposos, cuando, contrariamente, estaríamos en nuestro derecho de extrañarnos cómo las autoridades inglesas han estado tantos años y sin razón alguna resistiéndose a los deseos de todos los hombres de corazón de Europa y de la India misma, que veían asombrados que el gobierno se hacía cómplice de los crímenes de una turba despreciable de verdugos, protegiéndose en las instrucciones brahamánicas, que carecían de toda sanción, salvo los textos vedas, totalmente falsificados. La supresión de tales horrores fué verdaderamente un bien tardío; **¡pero cuántos males pueden asignarse también al ejercicio mismo de ese poder "tutelar", cuántos impuestos opresivos, cuántas miserias y cuántos hambrientos obstruyendo los caminos con sus cadáveres!"**

Hoy vemos hombres de todos los credos, unidos para acusar a los líderes hindúes de quinta columnismo. Parecen ciegos. Comprendemos que la palabra de Gandhi suene muy rara en el Occidente materialista. Nuestras grandes democracias amamantaron en su seno al fascismo; pero el niño mimado —ya adulto—, se ha vuelto en su contra, y aquéllas, ante el inesperado ataque, balbucean torpes palabras defensivas. Y no se encuentra nada mejor que la calumnia. Los mismos que ayer, con indiferencia criminal, vieron la cobarde agresión al Manchukúo, el avasallamiento de Etiopía, el apuñalamiento de la heroica España —muchos parecen haber olvidado que Churchill fué partidario de la no-intervención—, son los que hoy, erigidos en árbitros de los destinos del mundo, se yerguen ante el Mahatma Gandhi y los hombres del Congreso Panhindú, acusándolos de traición. La voz pura del Mahatma no conviene a los intereses del imperialismo que, en este caso, lleva a cabo una política suicida, la cual incluso puede hacer peligrar el resultado de la guerra.

Jawaharlal Nehru, el otro gran líder hindú, al ser juzgado, a fines de 1940, decía al tribunal que luego lo condenó:

"Señores jueces: Nada tengo que alegar en mi defensa más que el haber servido siempre a mi pueblo sin traicionarlo nunca. Otra vez me mandan a la cárcel ¿qué más da?; tantas veces he estado en la cárcel que ya no me importa volver a ella. Lo que interesa no es mi encarcelamiento, sino la suerte de los millones de hermanos esclavizados. Señores jueces: Vosotros olvidáis que, si bien el sujeto de este proceso soy yo, lo que se halla en realidad en el banquillo de los acusados es hoy vuestro imperio".

Liberado en diciembre de 1941, ha vuelto a la cárcel el 9 de agosto del corriente año, luego del fracaso de la misión Cripps y de haber apoyado en el seno del Congreso Panhindú la incitación de Gandhi a la desobediencia civil, en vista de la negativa de Inglaterra de otorgar la independencia a la India.

Como se ha especulado mucho sobre las diferencias entre Gandhi y Nehru, vamos a transcribir a continuación una carta fechada el 26 de octubre de 1930, en la Central Prison, de Naini, y dirigida a su hijita Indira en el día de su décimotercer cumpleaños:

"...El año en que tú naciste —1917— fué uno de los años memorables de la historia. En dicho año, un gran líder, cuyo corazón rebosaba de amor y simpatía hacia los pobres y los que sufren, hizo que su pueblo escribiera una noble e inolvidable página de historia. Ese mismo año en que tú naciste, Lenin iniciaba la gran revolución que habría de cambiar la faz de Rusia y de Siberia. Hoy, en la India, otro gran líder, también rebosante de amor y simpatía hacia los que sufren y, deseando apasionadamente ayudarlos, inspira a nuestro pueblo para una gran empresa y para un noble sacrificio; para que vuelvan a ser libres, y se alivien de sus cargas los hambrientos, los pobres y los oprimidos. Bapuji (Gandhi) yace en la cárcel, pero la magia de su mensaje penetra en los corazones de los millones de hindúes, hombres y mujeres, y aun en el de los niños que apenas salen del cascarón, para convertirse en soldados de la libertad india. Hoy estamos haciendo historia en la India y, tanto tú como yo, tenemos la suerte de ver y de ser, en cierto modo, partícipes de este gran drama.

"¿Cómo tendremos que comportarnos en este gran movimiento? ¿Qué parte nos tocará desempeñar en él? No puedo decirte qué papel nos caerá en suerte; pero, cualquiera que sea, recordemos que no podemos hacer nada que desacredite nuestra causa o deshonre nuestro pueblo. Si debemos ser soldados de la India, su honor está en nuestras manos, y dicho honor es algo sagrado del cual somos los depositarios. A menudo te encontrarás en dudas acerca de lo que debes hacer. No es fácil discernir entre lo que es justo y lo que no lo es. Te voy a dar un pequeño "test" para aplicar toda vez que te asalte una duda. Puede serte de gran utilidad. No hagas nunca nada en secreto, ni hagas cosas que desees ocultar. Porque el deseo de ocultar implica tener miedo, y el miedo es una cosa mala e indigna de ti. Sé valiente, que lo demás vendrá solo. Si eres valiente nunca tendrás miedo ni harás nada de lo cual tengas luego que avergonzarte. Debes saber que **en nuestro gran movimiento de liberación, bajo las directivas del Bapuji, no hay lugar para secretos ni para cosas ocultas. No tenemos nada que esconder. No tenemos miedo de lo que hacemos ni de lo que decimos. Trabajamos al sol y a plena luz. Seamos amigos del sol y de la luz hasta en nuestra vida privada y no hagamos nunca nada secreta y furtivamente"** (1).

Estas sencillas palabras escritas desde la cárcel, encieran una dulzura y una verdad enormes; pero suenan para nosotros de manera extraña. No somos capaces aun de comprender su hondo humanismo. En un profundo sentido implican una definición de libertad, de verdadera libertad. De esa libertad que apenas ha entrevisto Occidente, y cuyo alcance aun no ha comprendido.

Somos testigos presenciales de un gran drama, y se comprende que en nuestras palabras haya calor de pasión; pero, a veces, es necesario hacer un alto en el camino y reflexionar. No puede hacerse parangones entre Gandhi Churchill. Nuestros corazones siempre estarán con el Mahatma. La hora es grave, y el gesto del Congreso Panhindú, bajo la influencia de Gandhi, suena para muchos a traición; pero ¿quién puede negar la grandeza de estas palabras, pronunciadas hace apenas unos días, y que motivaron su encarcelamiento?:

"...Los británicos reirán quizás, pero yo soy su amigo. No deseo apuñalarlos en circunstancias en que ellos se hallan en situación difícil, y en decadencia. He iniciado la lucha para ayudarles a vencer las dificultades y el peligro. Los británicos ganarán. Son un pueblo valiente. Sus muchachos están prontos a dar su vida por la libertad. Sin embargo quizá no logren la victoria sin tener tras suyo y de sus aliados, una India libre. Si el Japón viene aquí, China será derrotada. Rusia ya se encuentra en dificultades. **Deseamos un país libre y movilizado al lado de China y de Rusia".**

Gandhi, Nehru y todos los líderes de la independencia de la India yacen otra vez en la cárcel, y sobre ellos se cierra la cripta de las agencias noticiosas interesadas. Pero su voz no morirá. La causa india no ha de perecer, porque es una de las rutas de la liberación humana. Las bayonetas, los tanques y los bombarderos no podrán doblegar el espíritu del hombre, si así ocurriera, el fascismo habría triunfado con otra máscara.

A través de todo este trabajo no hemos querido abrir juicio acerca de la no-violencia; pero nos preguntamos hoy con las palabras de Romain Rolland en 1924:

"¿Qué será del movimiento de Gandhi en lo sucesivo? Inglaterra, aleccionada por las faltas pasadas, ¿no se mostrará más hábil para captar el impulso de un pueblo? ¿Y la constancia de este pueblo no flaqueará? Los pueblos tienen poca memoria, y yo dudaría mucho que la de los hombres de la India conservase por mucho tiempo las enseñanzas del Mahatma, si ellas no estuvieran escritas desde los tiempos en el alma de la raza. Si un genio es grande, por su propia grandeza está o no de acuerdo con los que le rodean; pero no hay otro genio de acción que aquel que responde a los instintos de su raza, a las necesidades de su tiempo, a la espera del mundo.

"Tal es el Mahatma Gandhi. Su principio del "Ahimsa" (no-violencia), está grabado en el corazón de la India desde hace dos mil años: Mahavira, Buda y el culto de Vichnu se han hecho carne en esos millones de seres. Gandhi sólo le ha transfundido su sangre heroica. Evoca las sombras gigantescas, las fuerzas del pasado, apesantadas y postradas en una letargia mortal. Ya su voz se ha levantado. Porque ellos se reconocen en él. El es más que una palabra; es un ejemplo. Las ha encarnado. Feliz el hombre que es un pueblo —¡su pueblo puesto en la tumba que resucita en él!—.

"Pero estas resurrecciones jamás se producen al azar. Y si el espíritu de la India está surgiendo de sus templos y de sus bosques, es que aporta al mundo la respuesta predestinada que el mundo esperaba".

Aquí en la Argentina, que sepamos, sólo una voz se ha levantado en defensa de Gandhi: la de Victoria Ocampo.

JOSE BASIGLIO AGOSTI

---

(1) Esta es la primera de una serie de cartas sobre historia mundial dirigidas a su hija desde la prisión. Fueron dadas a publicidad en 1934 bajo el título de "Glimpses of World History"; luego, corregidas y revisadas por él, se editaron nuevamente en 1939. Nosotros la extraemos de la edición Lindsay Drummond Ltd. de Londres, con prefacio de V. K. Menon, enero de 1942.

Los partidos actuales carecen de soluciones

A. DIAZ URRIETA

Se ha dicho y repetido —con fundamento— que una de las causas de inferioridad política en que se hallan las corrientes democráticas tradicionales frente a los totalitarios, es la perpetua vacilación y timidez de que dan reiteradas pruebas las primeras, en evidente contraste con la decisión, la impulsividad, las rotundas afirmaciones y negaciones que caracterizan, junto con la ausencia absoluta de escrúpulos, la propaganda, la diplomacia y la acción de los últimos.

En momentos esencialmente críticos, cuando los pueblos se hallan ante una encrucijada que puede decidir sus destinos por muchas generaciones, siempre lleva ventaja, inicial al menos, el grupo o sector que se atreve a tomar posiciones firmes, una orientación precisa, aunque fuera trágicamente equivocada, y especular sobre la necesidad de un profundo cambio en las instituciones políticas y sociales, cambio que todo el mundo considera inevitable, admitiendo que "las cosas ya no pueden seguir como hasta ahora". Por el contrario, quienes se empeñan en mantener simplemente el **statu quo**, en sostener un equilibrio inestable y en defender y conservar lo existente, han de perder necesariamente en tales situaciones una verdadera influencia sobre las masas humanas y se hallan condenados a emplear tímidos métodos defensivos, con ritmo lento e ineficaz.

Resulta de ahí una situación paradojal, aunque muy propia del momento histórico que vivimos. En tanto que los elementos más reaccionarios, exponentes de la más brutal regresión social y política, puesto que preconizan un régimen de absoluta esclavitud, aparecen en postura de **revolucionarios**, por su audacia en la acción y su despiadado ataque al orden establecido, sus adversarios del sector democrático, aferrados únicamente al mantenimiento de ese orden y haciendo de la defensa de las actuales instituciones la exclusiva bandera de lucha que ofrecen a las masas, resultan los verdaderos **conservadores**. Y como todos los que sólo atinan a **conservar**, en momentos en que las circunstancias exigen imperiosamente cambios o innovaciones de fondo en la sociedad, están condenados a ensayar actitudes tímidas y vacilantes, carentes del fervor y del impulso indispensables para galvanizar a los pueblos en la lucha salvadora.

Se ha visto a qué situación llevó a los de Europa, esa actitud cautelosa, rutinaria y conservadora de sus dirigentes, incluso los que pretendían situarse en la extrema izquierda política y que no se diferenciaban de los demás sino en la violencia de su lenguaje propagandístico. Sin la tensión de espíritu, el empuje y la abnegación que sólo pueden dar las grandes finalidades renovadoras, las masas fueron adormecidas en la tendencia al menor esfuerzo, para quedar indefensas, a merced de los audaces aventureros totalitarios y de las hordas agresivas que aquéllos lograron fanatizar. Recordemos que no fueron solamente los Chamberlain, Daladier y consortes, sino prácticamente todos los dirigentes populares de los principales países europeos, los que adoptaron la táctica de **esperar y ver**, de la contemporización con los totalitarios y de las constantes dilaciones y juegos de palabras, ante los problemas más apremiantes. No podía ser de otro modo desde que los tales dirigentes, con ligeras diferencias de matices, rechazaban por igual las soluciones de fondo, las soluciones **revolucionarias**, y no alcanzaban otra perspectiva que la de un equilibrio temporal, precario, que muy pronto hubo de desaparecer para dar lugar a la catástrofe.

¿Y cuál es la realidad a ese respecto en los países americanos? Fuerza es reconocer que, desgraciadamente, difiere muy poco de la que ofrecían los de Europa, desde algunos años antes del conflicto actual. Comprobamos una saludable reacción popular antitotalitaria y una conciencia cada vez más clara de los peligros que el triunfo del nazifascismo entrañaría para el continente. Pero ese estado de conciencia, un poco tardíamente desarrollado y sin profundización del problema totalitario, en cuanto a resultado de la expansión del estatismo, carece también de una orientación firme y precisa, capaz de levantar baluartes inexpugnables contra el desborde de las fuerzas más siniestras y negativas que tuvo que afrontar la humanidad en su larga y accidentada historia.

La violenta conmoción provocada por la actual guerra mundial ha creado clima propicio a una verdadera movilización combativa de las masas populares americanas, tanto para fines defensivos, ante el peligro totalitario interno, siempre latente y manifiesto en los gobiernos oligárquicos —que lo son la mayoría de los gobiernos latinoamericanos—, como para objetivos más vastos, de verdadera reconstrucción social y económica de estos países.

Con el ejemplo europeo a la vista, podemos afirmar rotundamente que sólo así, fijando a los pueblos fines y objetivos de gran aliento y de definida superación del actual orden de cosas, será factible poner en juego, en una aplicación eficaz, el caudal de energías que se requieren para vencer en nuestro continente el morbo totalitario e inmunizarlo contra las regresiones, cuyos gérmenes existen, abundantemente distribuídos, en todos estos países, estructurados sobre la base de irritantes privilegios económicos y sociales —y como consecuencia también políticos—, en violento contraste con las teóricas definiciones democráticas.

¿Se hallan capacitados para cumplir esa vasta movilización de energía creadora, los partidos que se llaman democráticos y populares, en los diversos países americanos? Una observación somera de la actividad y de la orientación que esos partidos desarrollan e imprimen a sus adeptos, nos obliga a contestar en sentido negativo. Antes de la actual crisis mundial y aun cuando ésta se estaba perfilando de modo cada vez más amenazante, los dirigentes de los partidos aludidos se limitaban a un juego de inocua oposición, con ribetes demagógicos, cuando el poder político era ejercido por sus rivales del sector oligárquico y conservador. Cuando ellos, a su vez controlaban el poder, no hicieron otra cosa que producir algunas tímidas reformas, que apenas rozaban el gran problema social, reformas que muchas veces no pasaban de la muerta letra legal y que no representaban ninguna ventaja práctica para las grandes masas obreras y campesinas, sometidas en gran parte a un régimen semifeudal. Si en vez de la boleta electoral era el golpe de Estado o el "movimiento revolucionario" el medio que determinaba el desplazamiento de unos grupos dirigentes por otros, el resultado práctico venía a ser más o menos el mismo, si es que el cambio no tenía resultados claramente regresivos, concretándose en una anulación de libertades públicas, abolición de las reformas legales y el establecimiento de verdaderas dictaduras oligárquicas. A la inoperancia política y al conservadorismo social de los partidos tradicionales —los de izquierda inclusive— correspondió en la masa popular un estado psicológico de decepción y de indiferencia, oportunamente aprovechado por los demagogos totalitarios, que no vacilaron en utilizar para sus siniestros fines algunas de las críticas que contra la democracia burguesa, el parlamentarismo y el tímido reformismo, habían formulado los más avanzados revolucionarios sociales.

Al producirse la presente crisis y quedar de manifiesto el tremendo peligro inmediato que significaba el totalitarismo, se sacudió un poco esa indiferencia, pero no en el grado necesario como para superar en forma decisiva ese peligro. Una de las causas principales de tal insuficiencia reside, a nuestro juicio, en la falta de capacidad y decisión en los dirigentes de los llamados bloques democráticos, en cuanto al planteo y aplicación de soluciones de fondo, que promuevan profundos cambios en la estructura económica y social de estos países.

Por el contrario, todo se reduce, una vez más, a proclamar la defensa de las instituciones vigentes, a la democracia formal, sin reparar siquiera en el hecho de que dichas instituciones van siendo adaptadas progresivamente a la consolidación cada vez más evidente de los privilegios oligárquicos al par que se limita, con el mismo ritmo progresivo, el campo de las libertades públicas. Vale decir, que se produce una paulatina supresión de lo que es esencial en los postulados democráticos, sin que los que se proclaman demócratas, incluso los últimos conversos del sector bolchevique, opongan ningún reparo efectivo a tan peligrosa tendencia. Y se da el hecho curioso de ser los núcleos conservadores, dueños del poder en casi todos estos países, los que más se sienten inclinados a aplicar reformas económicas y sociales. Reformas de tipo definitivamente estatista, desde luego, en virtud de las cuales los gobiernos adquieren cada vez más poder y control más completo sobre la vida de los ciudadanos. Así ha podido decir recientemente un reputado economista ex ministro de Hacienda, adepto al liberalismo capitalista, al referirse a la política financiera del actual gobierno argentino, que se daba la "extraña paradoja de que bajo un gobierno netamente conservador estuviésemos en vías de pasar a los mayores extremos de un socialismo de Estado".

Esto no impide que nuestros más fervientes demócratas no tengan nada fundamental que objetar a este gobierno, salvo su política exterior.

Lejos de prever y anticiparse a los acontecimientos, enfrentándolos con orientaciones adecuadas, son constantemente sorprendidos por los mismos, adoptando actitudes improvisadas que invariablemente convergen al afianzamiento del orden establecido. Se olvida, al parecer, que la defensa contra la penetración nazifascista no debe encararse desde el único punto de vista de una posible agresión del "eje" o de las quintas columnas a su servicio, sino que es preciso combatir las tendencias totalitarias que se desarrollan internamente en las democracias americanas y que tienen su expresión más corriente en el estatismo a que hacía referencia el economista argentino. Lo cual sólo podrá realizarse si en lugar de innocuas medidas llamadas de emergencia, que se aprueban y que dan mayor poder a las oligarquías gobernantes, se ofrecen soluciones fundamentales y por tanto forzosamente **revolucionarias** a los problemas vitales que afectan a los pueblos americanos, en contraposición a las "soluciones" que propician audazmente los elementos totalitarios y que se basan, como ya sabemos, en la esclavitud férreamente organizada de la gran mayoría de la humanidad.

Descontando la incapacidad de los partidos y organizaciones que ahora levantan la bandera de la democracia como único símbolo de lucha, es urgente, sin embargo, abrir un firme cauce a las fuerzas obreras y populares, que pugnan oscuramente por manifestarse y que constituyen las energías potenciales con que contamos, no sólo para defendernos frente a los zarpazos totalitarios, sino además para crear un verdadero orden nuevo en esta parte del mundo. Es deber de todos los hombres libres, que no obran bajo la impresión del pánico, de la rutina o de los intereses creados, trabajar resueltamente por la afirmación de esa corriente renovadora, aprovechando las lecciones de experiencias recientes, tan reiteradas como dolorosas.

EL HOMBRE DE LAS IDEAS

No nos atrevemos a negar de un modo definitivo la eficacia de nuestro inventario de ideas; pero conviene fijar con severidad la posición del hombre de las ideas en esta hora teñida de imperativo de civilidad.

Es un hecho notorio que, a virtud de una apostura que invoca como justificativo de la torre de marfil el cuidado del decoro y el deber de esquivar las impurezas inherentes a la acción condicionada siempre por la versatilidad y, en muchos casos, por la carencia de vis estimativa, un extraño apoliticismo ha hecho camino en la inteligencia argentina y la aleja del vivo contacto con los graves problemas que atañen al destino de nuestra comunidad.

Aun cuando la denuncia de este fenómeno no exige previas ni rigurosas determinaciones conceptuales, conviene advertir, para mayor claridad de las reflexiones que reclama, que al referirme a la inteligencia me refiero tanto a las tareas espirituales como a los hombres que las sirven y las cumplen. De un modo o de otro, con mayor o menor eficacia, según la capacidad de cada uno, y con una intensidad que depende, en mucho, del ritmo de la conciencia histórica del pueblo, realizan esas tareas escritores, pensadores, académicos, profesores y profesionales cuya visión se dilata por dominios más vastos que los circunscriptamente señalados por la propia profesión.

Crean la cultura; pues, a lo menos cuantitativamente, ésta se expresa por la suma de los productos obtenidos por el esfuerzo que ponen a contribución; pero con esto, lejos de mantenerse en íntimo trato con la fluencia vital originaria de esos productos, se clausuran en un limbo en cuyo clima lo inmediato y cotidiano carecen de sentido y de estimación. Tanto que en nuestra realidad concreta esta actitud cobra ya los pronunciados relieves de una escisión entre el pensamiento y la vida.

¿Existe, acaso, una disposición psicológica en cuya virtud la propia actividad espiritual puede inhibir, en un momento dado, a los hombres que se entregan a ella, para captar y comprender las notas novedosas de la realidad que afloran en el mundo que les circunda? ¿Es que de un modo necesario, por mandato de una intrínseca ley, el concepto de la cultura debe ligarse inexorablemente a una obliteración incivil?

Toda cultura procede de la vida. Tiene sus hondas raíces en ese suelo común y comienza a ser tal desde que el espíritu, superando lo meramente animal, se decanta en principios ordenadores de las manifestaciones religiosas, artísticas, sociales, científicas ,económicas y técnicas. Principios dotados de contenidos y formas propios, gobernados por una lógica peculiar, cobran, por ello mismo, a las veces, una autonomía que, emancipándoles de la pulsación originaria, les coloca, como productos inertes, en contraposición a la fluencia creadora.

Un sistema de normas jurídicas debe su origen a necesidades vitales y rige la existencia social en tanto se adecúa a sus condiciones y exigencias; pero pierde su significación reguladora y se convierte en obstáculo tan presto como, colocándose por encima de la realidad, instaura un dominio extraño y adverso a las fluctuaciones históricas. Esto con tanta mayor acentuación cuanto más se empeña en señorear sobre esas fluctuaciones históricas.

Acúsase entonces el trance en el que el hombre culto —el formado— se ve sometido al dilema que le propone la contradicción entre la cultura y la vida. Debe decidirse o por los productos que le han comunicado una fisonomía espiritual, que es algo así como una segunda naturaleza, o por la continua exigencia vital que se yergue contra aquellos productos para invalidarlos.

Sólo un camino permite escapar de la disyuntiva, y ese camino es el que se gana acordando y compenetrando dúctil, flexible y vivamente el espíritu y la vida, y, en el hecho, es esta armonía la que busca afanosamente el más depurado pensamiento contemporáneo. Pero la actitud más común y frecuente no es ésa sino la que se aferra a los productos de la cultura cristalizada y de aquí procede ese duelo mortal en el que se halla comprometida la generación pasada que representa, **natura naturata**, la vida vivida, y la generación que sube, que representa, **natura naturans**, la vida no vivida.

De un lado, el intelectual como hombre de ideas; del otro, lo nuevo, lo que todavía no tiene nombre. Pues, si después de lo dicho, corresponde descartar al hombre ahincado en la búsqueda de la síntesis destinada a superar el dualismo señalado, sólo queda el "hombre de las ideas" como tipo de referencia en el problema que nos ocupa.

Nadie como él acentúa la desviación incivil de la cultura. Connaturalizado con los productos que le han dado fisonomía, vive escindido de la realidad creadora. La posición que lo destaca de un modo más nítido y notorio es la que adopta dentro de las actividades docentes, especialmente en el ámbito de nuestra universidad, mejor dicho, de "su" universidad, porque el instituto que figura con este nombre en el presupuesto oficial no es, desde hace mucho tiempo, la universidad de todos los argentinos.

Su universidad es un **hortus conclusus**, y en el malabarismo de sus ocupaciones no se barajan más que las cristalizaciones conceptuales de una vieja paleontología mental. Ningún reclamo de la vida encuentra en sus aulas la más leve repercusión. Un hermetismo adecuado a la concepción del saber como **tabú** inmutable y eterno, guarda con un inexorable y celoso **noli me tangere** el recinto en el que se conserva y venera el tesoro de la cultura heredada. En vano el investigador buscará en sus programas y planes la más ligera incitación hacia las inquietudes vitales que llenan de dramáticas resonancias las discusiones de la plaza, las páginas de los cotidianos y los afanes de los talleres y de los campos. Las veces que abre las ventanas de una arcaica extensión universitaria sobre el torrente vital es para ofrecer a la vida un inventario de conceptos que la vida ya ha repudiado y declarado caducos por ser incompatibles con las calidades que propugna su sentido proteico.

Pero no es solamente en las actividades universitarias donde el intelectual de las ideas demuestra su congénita incapacidad para estimular un auténtico esfuerzo espiritual. Si para esto es tan manco y tan torpe como el político que trabaja sobre los hechos, según ya se ha visto, lo es también para las restantes manifestaciones de la inteligencia. Dista mucho de ser una apostura pasajera y circunstancial la que le ha llevado, en otro terreno, a desdeñar, desde la altura inaccesible de sus conceptos, las más recientes manifestaciones revolucionarias del arte. Ciego para los valores que su infecundo intelectualismo no ha incorporado para siempre a la tabla consagrada, que custodian cánones de perfección infalible, no ha podido comprender ese ímpetu magnífico y pleno de perspectivas con que la propia fluencia vital ha limpiado de artificios y convenciones la superficie de las cosas para acostumbrarnos a ver las cosas clásica, pulcra y sencillamente, tales como ellas son.

Obliterado para la comprensión del drama real que se juega en su dintorno a virtud de su inveterado enclaustramiento en el reino del espíritu, ha perdido la ductilidad y la destreza necesarias para la acción. Por lo mismo que la acción, de suyo incierta, movediza y ondulante como el **élan** que la mueve, no se presta a ser gobernada por conceptos inertes, el hombre de las ideas la desestima y la juzga inavenible con el decoro de que se cree investido por la posesión de las verdades supremas.

La cultura de que se considera depositario le inhibe para descender a sus menesteres y las veces que vence esa inhibición, la propia ignorancia de las corrientes vitales limita su ingerencia a la explotación de los defectos y de las imperfecciones de que adolecen los principios reguladores.

La intuición popular alcanza bien la torpeza para la acción que caracteriza al hombre de las ideas y la desconfianza con que, en ocasiones, acoge a aquél que abraza su causa no proviene tanto de una desviación del sentido jerárquico entre conductor y conducido, como la íntima sospecha de que carece de las condiciones necesarias para comprender sus vivas aspiraciones y para luchar por ellas en todos los terrenos en que, a diario, lo imponen las circunstancias.

Reside aquí, me parece, la explicación de una de las manifestaciones más resaltantes que ha ofrecido nuestra vida política en estos últimos tiempos: la exclusión de los intelectuales de la gestión de los negocios públicos decretada por el radicalismo triunfante. Partido tan denso y nutrido que ha conseguido contar con una mayoría extraordinaria de sufragios en todo el país, en ningún momento se ha dirigido a los intelectuales para encomendarles las tareas del gobierno. Ensayando a su modo una revuelta plebocrática contra el espíritu, ha reclutado sus conductores entre los hombres más dispuestos a favorecer la ascensión de las masas con todas sus fuerzas elementales. Tan evidente ha sido el propósito que, en ningún momento, ha ocultado su ojeriza contra "la plata dorada" de la universidad y del periodismo.

Yo no quiero juzgar esta actitud del radicalismo. Me concreto a señalarla porque contribuye a aclarar el problema propuesto; pues, cualquiera sea el juicio que merezca como acontecimiento —de muy posible, de inminente repetición— demuestra acabadamente que la vida se halla en agudo conflicto con el intelectualismo que rehuye su comprensión.

La vida jaquea todo un invertebrado sistema de ideas invertebradas. El Partido Socialista le ofrece el suyo, el que está escrito con taxativa precisión en su programa político; pero el escaso éxito electoral que ha obtenido, hasta aquí, su prédica servida por hombres de ideas y de reconocida solvencia moral, indica que las soluciones que propone no satisfacen las exigencias vitales.

Son soluciones eventuales, inmediatas y circunscriptas, intelectualistas tipo siglo XIX, y por eso la vida —que acepta y propugna el socialismo como concepción del mundo y de la vida— se niega a encerrarse en los estrechos moldes que le presentan. Torrente y cauce, a la vez, lleva en su seno la ley de la forma y esa forma necesita expresarse en las líneas severas y sólidas de un orden ecuménico, animado por un ideal de totalidad.

El hombre de los ideas es ahora un **en dehors** porque carece del don de la comprensión histórica, que es el único habilitante para ser hombre de su tiempo.

¡Qué diversa era su situación seis lustros atrás! Poseía entonces un bagaje de "conocimientos"tan considerable como el que posee en los días que corren; pero jugaba un papel tanto más altamente estimado cuanto más bien dotado se hallaba para los torneos de oratoria que daban resonancia en la tribuna, en la prensa y en el parlamento, a las grandes palabras de la filosofía política del siglo pasado.

La constitución social no ofrecía accidentes notables. Todo resbalaba por la corriente de un fácil empirismo adormecido por aquellas ilustres palabras. Pero vino un inesperado planteamiento de cuestiones de toda índole, especialmente de cuestiones económicas, y comenzó a tomar cuerpo una dialéctica de clases sociales. Las instituciones vigentes se vieron sometidas a una crítica demoledora y todo el orden social comenzó a trepidar minado por los gérmenes que traía en su seno el sistema de las ideas que adoptamos para nuestra organización, alucinados por el

LAS IDEAS Y LA VIDA

Estamos en una encrucijada de la historia y queremos salir de ella.

¿Por cuál camino?

Con toda frecuencia se suele responder al angustioso interrogante señalando las ideas. Frente a los hechos, a cuyo conocimiento se remite el positivista sosteniendo que es necesario remontarse desde ellos, mediante un proceso de descripción y comparación, a la inducción objetiva, el hombre formado en la escuela de las ideas se aferra a los mitos y a las cristalizaciones que constituyen el inventario mental de nuestros antepasados.

Las ideas son todavía, para él, la tabla de salvación.

Reviste, a veces, el carácter de reacción violenta la actitud que adopta ante los remesones de la izquierda y de la derecha que dislocan el orden doméstico de las cosas. Se yergue contra la una y contra la otra, contra la insurrección y contra la dictadura que niegan, con obstinada irreverencia, las libertades y las garantías constitucionales porque no admite ni la más leve sospecha de que tales acontecimientos puedan obedecer a la propia ineficacia de los principios ordenadores del siglo pasado.

Pero si es cierto que idea y caos se correlacionan y que aquélla cobra significado y valor en cuanto reduce el caos a cosmos, cabe preguntar cómo y por qué nuestra vida política se mueve, desde hace varios decenios, en una evidente contradicción con sus postulados doctrinarios.

Coincidiendo con la crisis de los principios de filiación europea que presidieron nuestra organización constitucional, ya en plena falencia del Estado de tipo europeo, un flujo vital ascendió al poder por la puerta franqueada por la llamada ley Saenz Peña, que apuró las virtudes del sufragio universal. Fué la irrupción irracional y romántica de la vida olvidada y relegada al suburbio por el fondo conceptual manejado por la burguesía agropecuaria detentadora del mando.

No aportó ideas porque un flujo irracional y romántico carece de ellas, y por eso su actividad gubernativa se resolvió en variaciones coreográficas, en gestos declamatorios y en exaltaciones emocionales frente a la esfinge de los problemas. Agitándose en el vacío de sí mismo, pretendió asirse, en algún momento, a los productos racionales que antes negara, y con esto sólo consiguió acentuar la impotencia para afrontarlos dando la sensación de una irremediable descomposición de todos los principios rectores.

El pasado, vencido en las justas electorales por las virtudes del sufragio, estaba ahí, en acecho, indemne ante la victoria plebocrática del número carente de la destreza necesaria para superarlo con creaciones novedosas, y aprovechó, en su beneficio, el descrédito de la fuerza fracasada en el gobierno. Volvió a apoderarse manu militari de los resortes del Estado y su primer cuidado fué —no padía ser otro— el de intentar vertebrarlo rehabilitando los cementerios mentales de la república.

Paleontología insurgida contra la vida sin norte, ajena por naturaleza al profundo sentido de aquella fluencia vital que se hizo presente esperando la forma novedosa y original en la que alguna vez ha de plasmarse, intentó dominarla en los moldes de ideas forjadas por las condiciones históricas de un pretérito sin retorno. Y, presa de la exasperación que acompaña a la operación de imponer una norma a la vida recalcitrante y reacia a la estrechez de las dimensiones ideológicas, no vaciló en proceder aplicando los recursos inquisitoriales y crueles con que la idea, tanto más cruenta cuanto más segura se cree de sus virtudes, inventa para la consecución de sus fines.

¿Qué soluciones han dado a la crisis sus decretos económicos y financieros apoyados en doctrinas periclitadas, sus medidas fiscales expoliativas, sus represiones violentas de la agitación proletaria ejercidas en nombre de la libertad de trabajo, su avasallamiento de los institutos educacionales en nombre de los principios autoritarios retrógrados y anacrónicos, y su rencorosa ceguera frente a las aspiraciones y los reclamos de la juventud universitaria? Todos sus actos fueron motivados por las ideas que presidieron el orden de nuestros abuelos y no hay prueba más inmediata y fehaciente de que muy poco o nada tiene que hacer con nosotros el orden de nuestros abuelos que la revocación lisa y llana de aquellos actos con la que el nuevo presidente consitucional se ha procurado el prestigio más fácil y más barato que se puede procurar una gestión gubernativa.

Dr. SAUL TABORDA

brillo de la civilización de Occidente.

A favor de nuestra carencia de una tradición de cultura suficiente a mostrarnos en las horas difíciles las grandes líneas de los esquemas ideales que presiden el pensamiento grecolatino, la dislocación de los principios fundamentales del orden aceptado ha sorprendido al hombre de las ideas y lo ha acorralado en una situación en la que no acierta a comprender cómo es que puede periclitar algo consagrado, sin examen, por la costumbre por lo mismo que es admitido por todos como lo más acorde con las exigencias de la razón.

Y, sin embargo, la cultura siglo XIX ha hecho su ciclo.

Nada más cierto que esto. Puede negarlo el intelectualismo cuya ceguera le impide ver la gama de matices de la vida .La realidad es otra.

Una generación rebelde, ardorosa, enamorada del riesgo, del peligro, de la violencia, acomete contra la existencia burguesa, muelle y anquilosada. Frente a sus principios forjados por la razón, postula el instinto y la intuición. Frente a la forma sin contenido, el heroísmo creador. Ya la guerra pasada fué —heroísmo de masas— el sacrificio precursor del advenimiento del héroe. Rota la amarra de la forma, el navío se empavesa de alegría juvenil en el apronte de cruceros inéditos. ¿Hacia dónde? ¿Hacia qué Jerusalem, ímpetu viril en busca del siglo de Godofredo? ¿Hacia qué América presentida, voluntad ascética de Castilla? ¿Hacia qué nuevo mundo entrevisto más allá del aire conquistado? Hemos perdido el camino romano —la vía jurídica— porque un viento inesperado ha borrado la razón de la ley. Esto es lo que sabemos.

Desde los días de Nietzsche y desde la prédica de Sorel, izquierdas y derechas intuyen la inconsistencia del pacifismo inventado por la cobardía interesada del yanqui sin eternidad ni historia. La afirmación de que sólo el heroísmo es bueno y bello ha derogado la legalidad causal del credo marxista, que depositó tantas esperanzas en la acumulación capitalista y en las virtudes revolucionarias de la miseria proletaria, e inflama las admoniciones de todos los Corradini burgueses nacionalistas que vertebran en legiones cívicas y en ligas patrióticas las claudicantes aptitudes combativas de su clase.

La cultura siglo XIX ha hecho su ciclo.

Estamos en el ocaso del Estado. Del Estado de Europa. Y también del nuestro que ha muerto al romperse en las manos del capitalismo, desertor de todas las patrias, el instrumental de que se servía para sus fines inmediatos en el emporio argentino.

En la áspera crisis en que hoy se debate la concreta existencia del hombre, la técnica mera y simple que señorea sobre las ruinas, sobre las cosas y sobre las almas, acaba de anunciarnos, por la telefonía sin hilos de un avión lanzado sobre el Olimpo, la ausencia de los dioses...

"DESPIERTA Y CANTA"

EL teatro "La Máscara", organización independiente, acaba de estrenar la hermosa obra de Clifford Odets, "Despierta y Canta".

"Despierta y Canta" es un revólver cargado, apuntando al espectador, y con los nervios del autor apretados sobre el gatillo.

No es, con todo, una obra nueva. Fué estrenada en Norte América en 1935. Sin embargo, a pesar de la velocidad con que los acontecimientos se desarrollan en nuestra época, sigue siendo una poderosa pintura de la sociedad decadente del momento.

En lo que respecta a la técnica teatral, es, sin duda alguna, un modelo de agilidad, síntesis y explotación de los elementos escenográficos. Téngase en cuenta que los tres actos de la obra transcurren en un solo escenario, sin que se sienta para nada la falta de cambio de paisaje. Además, Clifford Odets juega con la sensibilidad del espectador y lo despoja de su sentido crítico, a fuerza de bombardearlo con situaciones alternadamente grotescas y trágicas. Los agonistas —que diría Unamuno—, como buenos judíos que son, se burlan de sus propias desgracias, con lo que proporcionan una buena medida del sentido de injusticia que se apodera del oyente.

Pero la técnica es, después de todo, nada más que la **forma.**

El **contenido** ya es otra cosa. Hay nueve personajes, de los cuales, descontando uno que es más o menos episódico, nos quedan ocho seres humanos que durante dos horas no hacen nada extraordinario. Viven, solamente. Viven. Se agitan durante dos horas bajo el ocular del microscopio de Odets, atrapados refinadamente en el engranaje de la sociedad capitalista. No son seres heroicos, ni soñadores, ni morales al viejo estilo; son gente mediocre, de esa que vive durante diez o doce años en la misma casa, que se cuida del "qué dirán", y que muere legando a sus hijos la misma esencia de mediocridad y de fracaso.

Ahí está Hennie, la hija. No ha encontrado mejor manera de protestar ante la vida, que entregándose al primer hombre que le parece conveniente. Protesta sin saberlo, y, por supuesto, sin ninguna esperanza de ser escuchada.

Y Morty, el tío. El hombre pobre, ascendido a las esferas superiores a fuerza de puños y constancia. El "self-made-man". Ahora que tiene diez millones de dólares, se olvida de que alguna vez fué obrero, y lucha contra los huelguistas de su fábrica. para no darles lo que le piden.

Y Myron, el padre. Espíritu débil, soñador quizá. Deja todos los problemas de la vida práctica en manos de su mujer, y se refugia en el mundo de su fantasía. Sueña y deja que su hogar se caiga en pedazos. Es un adherente tácito al matriarcado.

Y Bessie, la madre. ¡La pobre madre de hoy! La pobre madre histérica, mentirosa, tierna, hipócrita, sentimental y dura. La madre-tigresa, que lucha por sus hijos y por sí misma, contra un enemigo mucho más fuerte que ella, y que tiene que dejar en la lucha su dignidad, sus sentimientos morales y su auto-respeto. Lucha equivocadamente, como los otros, y convierte su casa en un infierno, que es lo que la sociedad quiere.

Y luego Jacobo, el abuelo, y Ralph, el hijo. Una bella pareja de hombres constructores. El abuelo, ya está por irse. Ha hablado demasiado en su vida, y recién ahora ve. Y dice. Ralph, el muchacho joven, hirviendo de vida, pero aplastado por una colectividad que se le niega astutamente, después de haberle entrado por los sentidos, por medio del cine, la radio y la prensa. Es el joven de todo el mundo. Le enseñan que el mundo tiene comodidades, y después lo sumergen en una cueva para ganar su salario elemental.

Y aun falta Moe, el cínico, el escéptico, el que sólo cree en sí mismo porque, contrariamente, no le quedaría más remedio que suicidarse. También es un producto de la sociedad. En la guerra, a la que fué sin muchas ganas, perdió una pierna; y como aprendió a matar, lo sigue haciendo en la paz, con mucho éxito económico. Es el que consigue lo que quiere, pese a quien pese, pero que morirá solo y frío, con una mueca de desprecio en la boca todavía joven.

También flota por ahí Sam, el ingenuo marido polaco, que no comprende las cosas que suceden a su alrededor. Demasiada velocidad para él.

Y esto es "Despierta y Canta". Nada más que esto. Unos cuantos personajes que dicen unas cuantas cosas, sin ninguna timidez, pero sin orgullo tampoco. Dicen cosas que muchos millones de seres humanos vienen diciendo desde que nacieron, porque está impreso en ellos por la fuerza de un orden social que no deja más salida que la lucha en común.

Es menester señalar la puesta en escena, sencilla pero ajustada. La interpretación no admite distingos, por la homogeneidad y armonía del juego escénico.

FLOREAL MAZIA

LA MUJER: SU POSIBLE FELICIDAD SEXUAL

CONTINUACION

A nosotros nos interesa la felicidad de la mujer en la civilización y el progreso; la felicidad de nuestras mujeres, de las que conviven con nosotros en estos centros urbanos. Sabemos que esa felicidad de la mujer hará la nuestra y, en conjunto, el bienestar social, por lo menos en lo que atañe a las relaciones intersexuales; sin dejar de reconocer que, sobre esta base —mucho más seria de lo que generalmente se cree—, es necesario asentar todas las otras posibles fuentes de satisfacción. Nos interesa también civilizar, en esta forma, a todas las mujeres incultas, pues, si ahora son relativamente felices, con todo lo que el progreso puede darles, siempre que éste no destruya nada de todo lo que, por natural, es fuente de felicidad en ellas, indiscutiblemente lo serán mucho más.

La vida sexual de la mujer en cuanto a su posibilidad de atributo de felicidad, es uno de los caracteres humanos que sufren más a consecuencia de la falsa interpretación de su papel en las necesidades individuales y en las relaciones sociales.

El estudio de la historia de la humanidad primitiva demuestra que el primer esclavo que ha existido en la vida social de nuestra especie ha sido la mujer, y que ésta cayó bajo su autoridad despótica porque el hombre, en su disconformismo natural, en su egoísmo primitivo y en su desesperada lucha por vencer todas las adversidades de la naturaleza, sólo la podía considerar como motivo de conquista para satisfacer sus necesidades primarias, o para saciar sus ansias de placer exacerbadas por sus mismas insatisfacciones. Como esclava que era, los sentimientos y necesidades de ella no contaban para nada en el concepto de sus dueños y señores: era un mueble, un objeto, o, a lo sumo, un animal más de la pertenencia de su amo.

Desde esas épocas primitivas han pasado muchos siglos y milenios; la inteligencia del hombre ha construído y derribado varias civilizaciones; en ese constante hacer y deshacer para volver a hacer, la civilización y el progreso se han ido enriqueciendo cada vez más; han nacido y han muerto muchos dioses que creó el hombre para justificar su ignorancia y sus temores salvajes; la ciencia ha develado muchísimos misterios de la naturaleza; surgieron y sucumbieron sistemas político-sociales de opresión y de barbarie que aun quieren resurgir; la tierra se ha empapado muchas veces con sangre humana, sin que ninguno de esos sacrificios haya sido totalmente estéril; los progresos materiales de todas las técnicas han traído un florecimiento material magnífico; se ha ganado muchas libertades que hoy se tambalean como si estuvieran a un paso de su fin irremediable, pero que no podrán morir jamás; un sinnúmero de ilusiones y de desengaños han hecho sucesivamente la felicidad y la desgracia de las gentes; todo ha cambiado constantemente en un ininterrumpido empuje del hombre hacia la perfección; todo ha cambiado para mejorar siempre, menos la moral que debe regir lo más íntimo de las relaciones humanas, y porque la moral, en lugar de mejorar, se ha prostituído cada vez más, la mujer, que es su víctima directa, ha permanecido poco más o menos en su misma condición de esclava.

Pero, esta absurda esclavitud, que no es natural, debe terminar; porque lo creemos así, estamos de acuerdo con Nemilow cuando dice: "Hombre y mujer son absolutamente equipotenciales. Lo que ocurre es que la carga biológica se halla desigualmente repartida. Sólo por esta razón la mujer aparece a la zaga del hombre en los países de formas sociales atrasadas. Ahora bien: estas formas sociales y las relaciones entre los sexos se transforman, y, dados ciertos supuestos, existe para la mujer la íntegra posibilidad de realizar, frente al hombre, su equipotencialidad. Las nuevas formas de la vida sexual tendrán, pues, en cuenta, las adquisiciones de la Biología".

Es indiscutible que nuestra civilización enferma a la mujer, pues, mientras la educación procura, por todos sus poderosos medios, mantenerla en la más angelical o estúpida de las ignorancias, obligándola a desconocerse a sí misma y a renegar constantemente de lo que es más íntimamente suyo; mientras todos los ojos y oídos familiares y extraños están siempre sobre ella en acecho para descubrirla en la menor "falta" y castigarla; mientras todas las leyes y convencionalismos sociales le imponen rumbos extraños para desviarla de su camino natural; mientras se procura por todos los medios coercitivos imponerle sacrificios para hacer de ella un ente amorfo, dócil y maleable; mientras todo se confabula y converge sobre ella con el mismo fin de desfigurarla y anularla individual y socialmente, la misma sociedad que crea ese absurdo estado de cosas, con una inconciencia incalificable, inventa y divulga, día a día, una cantidad de cosas en absoluta contraposición con las ideas que podría invocar para justificar todo lo que anteriormente hemos hecho resaltar como irracional y disparatado: la calle, el teatro, el cine, la radio; las revistas llamadas para la mujer y el hogar; las modas; todo lo que se habla entre dientes para hacerlo más "interesante", en realidad más incitante; las mil alusiones veladas a sus sentimientos y sensaciones, tan llenas de picardía y malevolencia; el ambiente social, estúpido por frívolo y mezquino, en que se la obliga a actuar constantemente entre falsedades y corrupciones; la vida sedentaria en un confort enervante con la que se pretende regalarla; el matrimonio "conveniente", monopolista y esclavizador que se le ofrece como única e irrevocable solución a sus necesidades afectivas y sexuales y a todas sus aspiraciones específicamente femeninas; la maternidad que tiene que aceptar quiera o no, y venga de quien y cuando venga. Todo, absolutamente todo, se confabula para hacer de la mujer un juguete, un ser sin sentimientos ni aspiraciones propios, una persona sin sexo, o mejor dicho un persona a la que el sexo sólo debe servirle por el valor económico que puede representar para conquistar posiciones; para tener hijos, y para torturarla con la idea constante de que sólo vale y sirve por eso y para eso.

Si se considera que la vida de la mujer, a pesar de su perfecta personalidad humana, se tiene que desenvolver en una constante dependencia que, al restarle posibilidades, la convierte en títere que actúa por reflejo del ambiente, se puede comprender fácilmente cómo el ochenta por ciento o más de los trastornos de sus funciones netamente femeninas se deben a causas de orden psíquico, anímico y nervioso, o mejor dicho, neuro-psíquico-anímicos, pues hay que tener en cuenta que el sistema neuro-psíquico dirige y regula todas las funciones glandulares, y no hay que olvidar que la mayoría de los trastornos de las funciones netamente femeninas tienen una íntima relación con malos funcionamientos glandulares.

"Disgustos cotidianos, penas, discusiones estériles, susceptibilidades heridas, contrariedades, choques diversos, apuros, obsesiones, preocupaciones, responsabilidades enervantes, ambientes sociales incompatibles con el carácter, agresiones psicológicas diversas, insatisfacciones sexuales y de toda índole, y mil otras formas de alteraciones de este tipo van acumulándose día a día, semana a semana, mes sobre mes en el alma de la mujer que lo sufre todo sin ninguna esperanza de salvación, provocando a la larga trastornos nerviosos que repercuten luego sobre los ovarios desordenándolos paulatinamente". Esto dice un eminente ginecólogo a quien la especialidad no destruyó su sentido social y humano. No hay que olvidar

Dr. MANUEL MARTIN FERNANDEZ

tampoco que la mayoría de los trastornos de su personalidad netamente masculina, que sufre el hombre, se deben, en la generalidad de los casos, a causas y mecanismos semejantes.

La medicina moderna, como la de todos los tiempos, se ha preocupado mucho de la mujer, igual que de la especie en general, desde el punto de vista orgánico: la higiene ha dictado leyes y divulgado preceptos capaces de hacer organismos animales fuertes y sanos, pero se ha olvidado que las personas somos algo más que meros animales, que tenemos espíritu y necesidades anímico-corporales que necesitan también su higiene; la fisiología, juntamente con la higiene y la dietética, pueden señalar normas casi perfectas para realizar madres afortunadas, vale decir mujeres-hembras, fábricas de hijos de carne y hueso en condiciones orgánicas, puramente materiales, inmejorables, con disposiciones para procrear hijos tan fuertes y sanos como ellas. Los estadistas también se han preocupado, en colaboración con los médicos, de la procreación; "es necesario aumentar la natalidad y que las nuevas generaciones sean cada vez más fuertes y sanas", dicen; pero, evidentemente, en la inmensa mayoría de los casos, sólo les interesa aumentar la buena carne de cañón —muchos hombres y mujeres fuertes y sanos, pero con ignorancia y mansedumbre de corderos para que puedan producir, para los otros, más y mejor en las fábricas y las trincheras. Con todos los cantos a la maternidad prolífica y con todo el alarde que hoy se hace de estas leyes, estos preceptos y esos múltiples conocimientos de la genética, la sociedad, tal como está constituída, no puede realizar, de ninguna manera, el milagro de esposas felices, que es lo mismo que decir mujeres felices; para eso es necesario algo más que fisiología, higiene, dietética y estadísticas frías; se necesita el conocimiento perfecto de la mujer en toda su femineidad orgánica y espiritual, y no sólo ese conocimiento, sino también la capacidad para poderlo sentir y saberlo tratar y respetar; se necesita el complemento de un hombre en condiciones de cultura, de sensibilidad y de humanización que le permiten realizar esa felicidad en una mujer determinada; y se necesita también la posibilidad social de corregir todos los errores en que puede incurrir nuestra pequeñez perfectamente humana.

Los filósofos, los científicos y los políticos, todos los que se arrogan el derecho de corregir y dirigir teórica y prácticamente a la humanidad, sin que la filosofía, ni la ciencia, ni la política tengan la culpa de lo que ellos socialmente son, se han deshumanizado, se han insensibilizado, han divorciado totalmente sus especulaciones mentales de todo el sentido natural, humano y artístico de la vida; desde el raro Olimpo en el que se hallan se han olvidado de que deben vivir y pensar para la existencia de los hombres en la tierra, en esta tierra nuestra donde el elemento primordial es el barro.

En la comprensión de la vida y de los hombres, los poetas, sin tanto alarde de superioridad, están más en lo verdadero, porque indiscutiblemente lo sienten más. Si los filósofos, los científicos y los políticos pudieran ser un poco poetas, la humanidad que los sufre sería mucho mejor. Es un poeta quien, refiriéndose a la mujer, se expresa así: "También tú en el corazón ocultas un mecanismo de pasión. ¡Pobrecita, si no sabe un espíritu suave ser discreto para hacerte funcionar! ¡Si no da con el secreto de saberte manejar!..." El ha sentido toda la sensibilidad psico-física del magnífico mecanismo femenino y compadece a la mujer porque ve condenado ese mecanismo a la inutilidad y convertirse en fuente de los más terribles dolores y de la más espantosa infelicidad, si ella no tiene la **suerte** de encontrar un hombre que, por la más completa afinidad con su cuerpo y con su espíritu, sea apto para comprenderla y hacerla vibrar en todas sus posibilidades. ¡Por algo los poetas, sin tener culpa, expresan sus sentimientos o sus observaciones con tanta belleza!

La ciencia de hoy reconoce que muchas causas de orden psíquico pueden influir en la patología de la menstruación, ocasionando en ella todos los trastornos conocidos, desde las simples alteraciones de ritmo hasta su supresión brusca; entre estas causas están todas las que pueden proporcionar preocupaciones, penas y otros fenómenos anímicos del mismo tipo; como el terror a quedar embarazada, no por el simple hecho de que alguna mujer no quiera ser madre, lo que es inconcebible, sino por la tragedia que en tantos casos significa el embarazo, o la perspectiva de un hijo más para la vida de la mujer; ésta es una de las causas más comunes de esos trastornos. Es de suponer que si esas causas, tan ajenas a lo puramente material, son capaces de llegar hasta a suprimir las reglas, con mayor razón podrán producir trastornos psico-sexuales graves, fenómenos patológicos de los más variados, que se comprueban a diario, que hacen la infelicidad de muchísimas mujeres, que las convierten en peregrinas, de consultorio en consultorio, y muchas veces en víctimas de los más absurdos tratamientos médico-quirúrgicos, sin que, en la inmensa mayoría de los casos, ni se llegue a sospechar la verdadera etiología de sus padecimientos.

Entre los trastornos considerados exclusivamente orgánicos, que constituyen la patología de la menstruación, están las dismenorreas (menstruaciones dolorosas y con diversos tipos de molestias más o menos serias), que constituyen a veces uno de los más difíciles problemas que tiene que resolver el médico práctico, porque, en la complejidad de sus causas, casi siempre se hace necesario profundizar y escudriñar mucho en las condiciones de la vida de relación de la enferma, y mucho más aun en las de su vida afectiva y sexual. La mayoría de los autores modernos que se ocupan de ginecología, están de acuerdo en conceptuar, como causas frecuentes de dismenorrea, a los agotamientos de cualquier índole, a los estados de flacidez corporal, a los fastidios de la vida civil en contante protesta íntima y acallada, a la inactividad y a la insatisfacción sexuales. Esos autores, casi con unanimidad de criterio, al enumerar las causas de las dismenorreas, les dan importancia a la insatisfacción y falta de actividad sexual; pero, preguntamos nosotros, para la normalidad psico-física de la mujer, ¿tienen el mismo valor esos dos factores? Estamos seguros de que no: la experiencia nos demuestra que es mucho mayor el número de mujeres que, con actividad sexual normal en cuanto a frecuencia del acto, sufren las dismenorreas y otros trastornos congestivos del aparato genital, cuando, por cualquier causa, carecen de satisfacción sexual, que las que, con actividad de frecuencia deficiente, realizan normalmente y a satisfacción total esta función.

La endocrinología y toda la fisiología nos enseñan que el complejo hormónico de la mujer la ata, más que el complejo semejante al hombre, a las disposiciones ciegas de la naturaleza. Tenemos que aceptar eso como perfectamente demostrado, por lo menos hasta que no se nos convenza de lo contrario; pero la mujer, equipotencial al hombre, tan humana como él, con iguales o superiores necesidades orgánicas y afectivas que él, es un ente social que tiene derechos propios que la sociedad debe reconocer y que, si ésta no reconoce, ella, consciente de su valor, de su dignidad y de sus posibilidades, debe conquistar. Derechos a sí misma, a sus más íntimas satisfacciones, a su equilibrio psico-orgánico, a todos los aspectos de su posible felicidad. Derechos primordiales que, en el estado actual de cosas, en que hay que empezar por lo primero, son mucho más importantes que todos los otros derechos, sociales y políticos, ya que tendrán que realizar la armonía de los intereses del individuo consciente con las exigencias de la especie, ciega e imperativa.



WALDO FRANK en CHILE

Acaba de ausentarse después de unos pocos días de permanencia en Chile, ese espíritu inquieto que es Waldo Frank. Ha dictado cuatro conferencias que han sido cuatro lecciones de filosofía, y se ha marchado. La crítica ha estado contradictoria. Hay quienes se han convertido en sus detractores, por lo que dijo y por lo que no dijo, y otros en aduladores del pensador, del poeta, del filósofo que hay en Waldo Frank. La verdad es que ha inquietado y, como dijo él mismo de su paso por Buenos Aires, difícilmente será olvidada su palabra.

Waldo Frank es uno de los preocupados por el drama —tragedia— que vive el hombre de estos días. Pero no el preocupado superficial o espectacular, sino el preocupado profundo y a la vez dinámico que quiere por medio de la prédica constante, llamar a los espíritus a la acción. Porque el momento no es de expectativa, ni de cómoda indiferencia, ni de dejar hacer. El momento es de acción, dura, tenaz, enérgica, poniendo todas las potencias físicas y espirituales para conjurar la crisis que atraviesa la humanidad y sacarla adelante.

Sin que me equivoque, es la primera vez, que yo sepa, que en Chile —en esta época— se escucha un verbo de la calidad y el tono admonitivo con el cual se ha expresado Waldo Frank. Para algunos, retóricos o para otros, ahitos de ciencia infusa, filósofos materialistas, catedráticos de rancia y monolítica sabiduría, las conferencias de Waldo Frank fallaban en sus bases filosóficas, doctrinarias o dialécticas. Para algunos, pecaban de confusionistas, elevándose hacia un espiritualismo que linda con el ocultismo, ya que Frank insiste en la necesidad de que el hombre armonice con el hombre y que busque en él mismo la razón de su triunfo y de su fracaso, y del triunfo y del fracaso de la humanidad.

El hombre de la época actual, utilitaria y mecanicista, que ha erigido un dios de hierro, no puede tener sino un corazón y una mente de hierro. El hombre de esta época que marcha empujado por el imperativo del poder y por la ambición del dinero, no puede tener sino un corazón y una mente estratificados por el incentivo del poder y del dinero. Es fácil, pues, que cuando suenan palabras por encima del nivel chato de los ideales modernos, resulten extemporáneas, confusionistas, hasta reaccionarias.

Pero la verdad es otra. La verdad es que en esta época capitalista que culmina con esta hecatombe brutal, destructora de una civilización —decididamente antihumana— no puede encerrar jamás el ideal supremo dentro del cual sea posible la realización de la felicidad humana o de la finalidad del hombre.

La verdad es que el mundo ha caminado tropezando de error en error y que no han sido las luchas de clase, violentas y sangrientas; no ha sido el odio de los hombres entre sí, ni las diferencias políticas, ni los credos sociales o religiosos, los que han traído un derrotero para encontrar la clave del hombre, la que indique el camino por el cual se puede llegar a la armonía.

La soberbia de los enriquecidos o de los ennoblecidos de otros tiempos, puso el puente de distancia entre los seres humanos y ahondó las categorías hasta convertir en parias a los unos y en reyes y nobles a los otros. El capitalismo, destronando reyes, erigió a su vez a los plebeyos en poderosos y les dió dominio sobre sus semejantes, débiles y desposeídos. Pero el desequilibrio persistió y el dolor se hizo grito agudo. No obstante, no fué el dolor de los oprimidos lo que levantó los vientos de protesta; fué la ambición de poder y el ansia de acumular más dinero lo que hizo hoy y siempre, las guerras entre pueblos.

"No eximo a ninguna nación de la responsabilidad de esta guerra", ha dicho Frank en una de sus conferencias, donde analizó y condenó el actual sistema político y social del mundo, con su falsa democracia. Y en verdad, ¿cuál que se sienta sin culpa podría lanzar la primera piedra? Porque la guerra se ha generado en el corazón del sistema capitalista mismo, como un resultado de su lucha por mercados, de su ambición de expandirse, de su ceguera para saber repartirse "generosamente" el mundo entre sí. La guerra vivía en el corazón del capitalismo y tarde o temprano tenía que estallar.

Por eso Waldo Frank condena a todas las naciones capitalistas sin excluir a ninguna y las señala como las engendradoras de este castigo tremendo que soporta la humanidad.

Pero toda la culpa no es precisamente de los fabricantes de armas, ni de los grandes industriales, banqueros, trusts internacionales, etc. Hay quienes tienen también su parte, y grande, en la producción de esta catástrofe, en la generación de este cáncer que está corroyendo el organismo humano.

Son los intelectuales, son los filósofos, son los hombres de pensamiento que tienen la dirección espiritual del mundo. Sobre ellos ha pesado o la comodidad o la indiferencia o la propaganda falaz de una prensa comprada por los magnates de la banca y del comercio, a quienes interesa agitar éste o el otro sentimiento nacionalista, popular, antirracista o racial para tener mayores ganancias en sus productos de exportación: armas, petróleo, máquinas. Son los hombres de visión y de conciencia lúcida que, una vez más, han sido ciegos y sordos para ver más allá de lo señalado por esa prensa mercenaria, nunca más nefasta que ahora, y oír el rumor de destrucción que iba germinando en la tierra.

¿Cuál ha sido la misión y la acción de los intelectuales? Refundirse en un egocentrismo estéril o plegarse a tal o cual credo político o social, y convertir el caos en más caos. Cerrar el entendimiento a la razón ajena y convertir el odio en una hoguera atizada por la intolerancia y el fanatismo. Grabar en sus mentes las consignas lanzadas por esta o la otra empresa comercial, disfrazada de ideológica, para repetirlas en ditirámbicos discursos o en vibrantes poemas que encendieran el entusiasmo de las multitudes y les hicieran creer digno y noble el acto de asesinar al hermano o de odiar al compañero de ayer.

La clase intelectual, dividida, rencorosa, partidista de tal o cual fracción, no ha sabido tomar su verdadera altura y, descendiendo a la arena política, se ha mezclado con el vulgo, formando parte de la masa y respondido a sus oscuros impulsos instintivos.

Le ha faltado visión y valor. Vale decir, ha fracasado. Ha sido incapaz de discernir y tomar la delantera para guiar. Se ha dejado conducir por los líderes políticos, en quienes no había altura sino chatura mental, individualismo, sórdido egoismo. Y tan pronto ha proclamado las excelencias de tal o cual doctrina o condenado las del grupo vecino, sin comprender que el hombre busca un camino de superación y que este camino, vaya por donde vaya, tiende siempre a la misma meta.

La crisis del mundo envuelve por igual en su responsabilidad, a los intelectuales, así como envuelve a la juventud. Una juventud sin ideales, sin principios, sin generosidad, sin el ímpetu de toda juventud, es el paralelo que puede oponerse a la clase intelectual de esta época, dividida, adversaria de sí misma, sin ideales y sin finalidad.

Como los antiguos profetas del Viejo Testamento, los Isaías, los Enoch, que anunciaban al mundo cataclismos horribles en castigo de sus pecados —el pecado del hombre actual, contra sí mismo, contra su naturaleza y su finalidad—, la voz de hombres como Frank suena a condenación, a acusación, pero también a llamado a la superación. Es la voz del que, pese a vivir en uno de los medios sociales menos propicios del mundo, ahogado por el estrépito de las máquinas y el vertiginoso rodar del progreso mecánico, ha sabido distinguir el bien del mal y escuchar la voz de su propia conciencia.

No como pacifista en este mundo en guerra, donde hay que luchar, ni como propagandista de una acción bélica, fatal hasta destruir el mayor mal dentro de los grandes males que sufrimos, pero sí como el admonitor que agita las conciencias y las llama a agruparse para hacer sentir la fuerza del espíritu sobre la fuerza bruta que hoy nos domina y construir nuestra paz, la del mundo, la de nuestra propia conciencia, después de ganar la guerra profunda contra nuestra responsabilidad de haber sido los generadores de esta guerra abierta, vertical y sin cuartel.

Así ha sido la palabra de Waldo Frank, una conciencia despierta y responsable.

MAGDA PORTAL

Santiago de Chile, setiembre de 1942

CARTAS DE LA PRISION

de ERNST TOLLER

Completa esta colección de cartas de Toller, su anterior obra autobiográfica, "Una juventud en Alemania", que ya fuera también publicada por "Ediciones Imán". En la prisión, el autor de este libro, que resume la tragedia de un pueblo que prepara su propio abismo de locura y delirio de grandeza, sufre cinco años largos de arresto, y su ya definida personalidad se afirma en bloque, pero en el bloque hay grietas íntimas que harán más tarde trágica su vida.

Cartas humanas, heroicas, dolorosas, sentimentales, con visión política realista a la vez instrospetivas, poéticas. ¿Ubicarlas en cuatro líneas de crítica? Absurdo. Léase carta tras carta. Léase la predicción de lo que iba a suceder en Alemania (las cartas van de 1919 a 1914, en plena represión de la república ebertiana, después de la Revolución de 1918, que proclamó la república bávara de los Consejos); léase el impresionante relato del asesinato en la cárcel del gran escritor y libertario Gustavo Landaüer, la prisión de Erich Mühsam; detenga el lector su conciencia en suspenso, y ahonde su más claro sentido de justicia, ante el cuadro sombrío de las torturas, suicidios y fusilamientos "en fuga", las muertes en las celdas, las humillaciones y afrentas. Hay en el libro, páginas de admirable riqueza literaria, de ternura para los pájaros que él ve cómo anidan de los cuadrículos de su celda, de ruda franqueza para la amargura del hombre. En la cárcel escribe sus grandes dramas teatrales, revolucionarios en forma y fondo, que obtienen clamor de éxito, y a la vez crítica acerada de sus detractores, mientras él no puede ver más que su propio drama. Hay cartas para sus amigos Romain Rolland, Henry Barbusse, Stephan Zweig. Hay cartas para sus camaradas, para su novia, para sus verdugos. En unas líneas a un pacifista le "dice": ¡que no se engañen los hombres! El nacionalismo no comienza una vida nueva; sus fuerzas actuales son las fuerzas del moribundo al cual medicastros han aplicado un estimulante y que, antes de morir, aparentando fuerzas, se empina por última vez para lanzar a Europa hacia el abismo". Y en otra carta: "Marchamos hacia una época caótica. Durante los próximos cincuenta años no será "lindo ni agradable" vivir en Europa. No cansarse; mantenerse despierto y estar listo".

Toma uno este libro, y no lo suelta hasta agotarlo. Lo que nos deja después en nosotros, si lo leemos bien, eso sí que es sugestión inagotable. Toller expresa al azar: "Cada obra de un escritor debe producir un efecto "agitador", con tal de que por efecto agitador se comprenda el despertar humano".

HIPERION

Más sobre FANTASIA DISNEICA

SE fué 1941. ¡Bien ido sea! Bien ido sea, en nombre de la humanidad; de esa humanidad que inventó la música, que creó la armonía. Y en nombre de la música, maldito sea cien veces 1941, que albergó y alimentó el más horrendo crimen que Satán pudo soñar. Tres célebres músicos fueron asesinados en 1941. ¡Maldito sea 1941, en nombre de esos tres músicos!

No lo podíamos olvidar. No nos podíamos curar. Y si el tiempo quería ser buen enfermero, el azar ha querido ser cruel torturador. Ha puesto su mano en nuestra llaga, y nos ha vuelto a enfrentar con una vieja información que creíamos haber tirado al cesto. La transcribimos textualmente:

FANTASIA, 1941. (De nuestro enviado especial). — Tres célebres músicos, Bach, Beethoven y Schubert, fueron asesinados en la ciudad de Pantalla. Se dice que el autor del atentado es un tal Walt Disney, a quien acompañaba un desaprensivo sujeto, llamado Leopoldo Stokowski.

Parece que se trata realmente del conocido director de orquesta, sobre quien ya pesan algunas acusaciones de audaz aventurero, amigo de entrar a mano armada en propiedades particulares.

En cuanto al principal delincuente podemos asegurar que no es otro sino el ya tristemente popular Walt Disney, autor de los más villanos atropellos. Con sadismo refinado y progresivo ensañamiento, descuartizaba a sus víctimas para convertirlas en juguetes macabros y obtener pingües ganancias en el extenso mercado de Estulticia.

Destacados agentes del Servicio de Inteligencia han sido enviados a Pantalla. Pero se teme que fracasen en su intento de detener a los asesinos; pues éstos, conocedores del terreno, han huído del lugar del crimen, internándose en tierras de Humania, donde el delito de deicidio no tiene castigo.

En su conciencia vivirá la sombra eterna. Sus nombres llevan ya la maldición de los dioses, quienes, según noticias fidedignas, han organizado una manifestación de perpetuo desagravio y sentido homenaje a Francisco Schubert, Luis de Beethoven y Juan Sebastián Bach.

N. de R. — No ponemos en duda la gratitud que Walt Disney dice guardar a Leopoldo Stokowski "por haberle ayudado a mantener la cabeza en alto cuando las aguas se hicieron demasiado profundas".

También comprendemos que la "tarea de amigar a Bach con el ratón Mickey ha sido delicada" para tan desaprensivos traficantes.

Mantener la cabeza en alto, después de haber ultrajado a Bach, a Beethoven y a Schubert, no es cosa del otro jueves; no es más extraño que la comisión de dicho delito; no es menos corriente que ser autor de la Sinfonía "Pastoral". Beethoven, hay uno; y Disneys... Sí; Disney, también hay uno; no puede haber más.

Creemos a ojos cerrados en la sinceridad de Walt Disney, cuando, con desparpajo digno de él, nos declara su ignorancia supina de la música. (¿Nada más que de la música?). De ahí que se apoye en un músico remendón para levantar el pie y poner su planta en las sagradas escrituras de Juan Sebastián Bach.

Sin leer las declaraciones con que Walt Disney prologa su crimen, y sin otros datos que los suministrados por las huellas que dejaron sus manos, podemos plantearnos distintas cuestiones: ¿habrá sido ofrecida a Stokowski la ilustración musical del engendro de Disney? Positivamente no. Poca cultura precisara aquél para elegir páginas más adecuadas a la impúdica bacanal con que Disney ensucia la "Pastoral" de Beethoven. No carece de tal cultura el excéntrico director. La complicidad de Stokowski, el delito de Stokowski consiste en haber vendido a su madre; a su madre, la Orquesta de Filadelfia; esa excelentísima señora a la que Stokowski debe todo lo que es. Y ha vendido a su madre para que el otro la disecara en sus laboratorios diabólicos. No ha sido Stokowski el que ha ilustrado, el que ha terminado la obra de Disney. El que ha querido terminar, el que ha querido ilustrar, el que ha querido adornar el trabajo de su compañero, ha sido Disney. A éste es al que Stokowski ha entregado, con su madre, sus protectores: Bach, Beethoven y Schubert. Y los ha entregado para que las manos depravadas de Disney se cebaran con tan indefensos apóstoles.

Este artículo debió haber aparecido en dos números anteriores de esta revista, pero la reducción de sus páginas obligó a postergar muchas colaboraciones. Hemos consultado al autor acerca de la oportunidad de publicar aún el trabajo, contestándonos Paco Aguilar en estos términos:

"Creo que debe publicarse porque, aparte del tema que sirve a mi escrito, del mismo se desprenden otras lecciones útiles para el desorientado público, que lo ilustran y lo conducen hacia una probable independencia de juicio con la que el más beneficiado será él; por consecuencia inmediata, el arte. Además, porque ha vuelto a surgir en las carteleras de la capital, con la misma descarada propaganda que en los días del estreno, y bueno es seguirle haciendo justicia a quien creyó que bastaba su pedantería y su audacia para arrastrar tras sí una masa de incautos que sirva para mantener equivocaciones tan molestas para la respetable música".



Pero Disney no ha ilustrado la música. Disney no ha ilustrado, como pretende, al grueso público. Disney no presenta —él mismo lo declara por otro lado— imágenes plásticas de aquellas otras imágenes a que aludieron los compositores cuando hablaban de sus creaciones.

El exquisito mal gusto de Disney lo ha llevado a querer expresar sus íntimas reacciones, sus obscenas reacciones ante un arte que —¡paradoja sin igual!— confiesa no sentir. No hiciera falta su confesión para comprobar que no es Disney el hombre que puede traducir con el pincel el celeste, el inconcreto, el evasivo lenguaje de la música.

¿Y es esa la ambición que ha permitido Stokowski? No. Lo que Stokowski ha permitido es hacer un gran negocio; intentarlo al menos. ¿Por qué medios? ¡Qué importa! ¿Música? ¡Plata, plata! Por eso recibe en las gradas de la orquesta de Filadelfia, zalamero y babosillo, el saludo ratonil de Mickey.

Pero dejemos este asunto psicológico, y concretémonos a las noticias directas de "Fantasía".

No desfila en todo su mensaje una imagen graciosa, seductora, digna de querérsela llevar a casa. Todos los seres que Disney da a luz, están asegurados contra el rapto imaginario. Todo es morboso. Nada es lindo. Todo es feo. Si alguna vez tiene gracia la acción, nunca es gracioso el sujeto. A menos que confundamos el chiste con lo atractivo, la ocurrencia con el donaire.

Cuando la "Pastoral" de Beethoven discurre, según Disney, por el Olimpo, entre Pegasos y Cupidos que alientan al borracho de Baco y al burro de su asno a darse un beso en los hocicos... Cuando los centauros y centauras se restriegan sus flemáticas caderas, en latente anhelo de bailarse una conga... Cuando en las aguas de un lago nadan los alados caballos, con aires de ramera... Cuando el tropel de éstas y otras deidades, todas de líneas groseras, huye de la tormenta como una bandada de tímidos gorriones... En fin; cuando Iris, Diana y Apolo muestran su alegría al irse a la cama, pensando en el bien que hacen (sentimental adivinanza) con secar la atmósfera y permitir que vuelvan a salir al aire libre los asustadizos Pegasos... Cuando veíamos todo ésto, pensábamos:

—Puede ser que Disney no exista. Puede ser que Disney sea un invento de Mickey o de Baco.

Y el lector, ¿qué opina? ¿No es para llorar de risa? No. No es para llorar de risa; es para llorar de llanto. Para reir, sería preciso habituarse a esos dibujos animados, habituarse a sus colores desabridos y enviciarse con su fauna y su flora. Esa fauna y esa flora, exclusividad disneica, en las que no hay pez sin cara de cerdo, flor sin aliento de crustáceo, ni fealdad que no se explote. Ello explica que sus seres no conozcan mejor juego que el de las pezuñas y las mandíbulas.

No. No podemos continuar. Recordamos lo que nuestros ojos han oído, y lo que nuestros oídos han visto, y nos declaramos impotentes para describir tanta maldad artística.

Concebimos la discrepancia en el arte, la libertad del artista, sus errores, su ignorancia, la incapacidad, la negación. Pero no admitimos la maldad. Y acusamos a Disney de artista malo y de artista cobarde. Si Beethoven no hubiera estado maniatado por la muerte, Disney no hubiera pisado su música. Si Bach hubiera visto que su música era escuchada con lo que está ausente en los ciegos, sus lágrimas habrían levantado a Apolo, y Walt Disney habría sido arrastrado por los albañales del Parnaso.

Disney ha esperado a que Bach y Beethoven estén muertos. Por eso decimos que el arte Disney es, con otras desgracias, cobarde. Porque tan imbécil como para parecerlo, sin serlo, no lo creemos posible. Y ha de ser imbécil o cobarde quien, muerto Beethoven, se sirve de su "Pastoral" para amenizar el momento en que Baco y un burro se besan en la boca.

Risas del público, ¿cómo no ha de haberlas? Risas que un día nos pusieron a punto de saltar de la platea, dispuestos a vengar, con sabrosos improperios, la canallesca ofensa.

Reaccionamos a tiempo. No era culpable el público de semejante herejía. El público no estaba frente a un concierto, sino ante una película. El público tenía su razón. Pero la película...

La película hizo llorar a la persona que nos acompañaba, de la que oímos esta simple protesta:

—Ya no voy a Norte América. Ya no me interesa conocerla.

—Conocemos a ese país —le respondimos—, y podemos asegurar que en los Estados Unidos abundan los *Disneys*; pero también florecen orquestas como la de Filadelfia, directores como Roosevelt, compositores como Wáshington, empresarios como Edison.

PACO AGUILAR

EL DESMEMORIADO DE COLEGNO

FALLECIO, el 13 de diciembre de 1941, en la ciudad de Río de Janeiro, un hombre que se hizo célebre en todo el mundo porque perdió la memoria.

Sufrió de una celebridad trágica; de esas que atraen irresistiblemente la curiosidad humana y apasionan a la opinión pública.

Todavía hoy, aun después de su muerte, en la Casa de Salud Dr. Eiras, donde se hallaba internado, pesa sobre la identidad de ese hombre la duda y el misterio.

¿Cómo se llamaba?

Para unos, Mario Bruneri, tipógrafo. Para otros, Julio Canela, profesor.

Después de la guerra mundial de 1914-1918, fué encontrado vagando sin destino, flaco y desarrapado, sin norte y hambriento, un ex-soldado combatiente. ¿Quién era? Nadie lo sabía. Ni él mismo lo sabía. Ajeno a todo, desconocido de sí mismo, el "desmemoriado de Colegno" vagaba a ciegas, indiferente a los estímulos del mundo circundante e insensible al mundo interior, a la propia vida, como alguien que hubiese nacido adulto y no tuviese experiencias, que no fuese dueño de un pasado cualquiera de alegrías y de sufrimientos, de recuerdos y de anhelos. Se apagó en su mente la noción de la propia existencia.

Perdió el ex-soldado, como sucede con frecuencia, la noción de todo, en el horror indescriptible de las batallas. Se le desvaneció la memoria. Fué barrida completamente, de la conciencia, toda recordación del pasado. Sólo le quedaron los automatismos independientes de las capas superiores del cerebro. Sus palabras estaban vacías de substrato ideacional, y la conciencia se adormeció en una nebulosidad impenetrable de misterio.

La prensa se ocupó del caso. Se llamaba al desconocido, a falta de mejor apelativo, con el de "el desmemoriado de Colegno".

Comenzó a escribirse un capítulo ruidoso, ilustrado con clisés, apasionando a la opinión pública primeramente en Italia y a continuación en el mundo entero.

La inconsolable viuda de Julio Canela, aunque nunca tuviese noticias del marido que fuera a la guerra, jamás perdió la esperanza de encontrar un día al compañero bien amado. Y viendo en los diarios la fotografía del soldado desconocido, lo reconoció como su esposo y se apresuró a conducirlo a la calma y confort del hogar, donde todos lo esperaban llenos de ansiedad.

Cayó el telón sobre el drama, por cierto espacio de tiempo, mientras se ensayaba un nuevo acto, tal vez más intrigador y más triste. Con seguridad todavía más apasionante, mucho más apropiado para aguzar la curiosidad insaciable de los hombres y para chocar la sensibilidad de los emotivos.

Parientes del "desconocido" tomado como Julio Canela pasaron a reclamarlo, alegando que se trataba de otra persona, un tipógrafo de nombre Bruneri. Lo reconocía también la policía, para quien el "desmemoriado" no pasaba de ser un ladrón, el tipógrafo Mario Bruneri, procesado como autor de varios delitos.

¿Habría Mario Bruneri simulado haber perdido la memoria, para huir del castigo de la justicia? ¿Habría asumido la personalidad del soldado muerto en la guerra, Julio Canela, con quien se parecía mucho? Por lo menos hubo quien lo supusiese así.

La cuestión fué a parar a los tribunales, aun cuando la esposa de Canela —o porque estuviese realmente convencida de haber encontrado al marido legal o porque no deseara salir de una situación que le era grata— hubiese rehusado admitir un posible engaño.

Se recogieron documentos vagos y documentos expresivos; se reunieron pruebas impresionantes; sin embargo, el enigma continuaba: ¿Bruneri o Canela? Y él mismo, el desmemoriado, atacado de amnesia total, nada podía afirmar, pues de nada se acordaba.

Un solo hecho estaba esclarecido. Se trataba de un soldado que estuviera en combate y regresara, no se sabe cómo, completamente olvidado de todo y de todos.

No era loco. No era imbécil. Era un olvidado de sí mismo.

Desgraciadamente, para el "desmemoriado de Colegno", los tribunales italianos decidieron por mayoría de votos, que se trataba de Mario Bruneri, el tipógrafo, y que cumpliría cierta pena impuesta por sus pequeños delitos de robo.

La pena, sin embargo, sería lo de menos. Lo importante era, para los jueces, que quedase bien aclarado que el "desmemoriado de Colegno" era el tipógrafo Mario Bruneri.

¿Y por qué? ¿No estaba convencido el público en general, o por lo menos la mayoría de los hombres, ante las pruebas, de que la víctima de las circunstancias era el profesor Canela? ¿No lo identificó la misma esposa? ¿No lo reconocieron los colegas del magisterio?

A pesar de la sentencia de los tribunales, la familia Canela no salía de sus convicciones. La señora Canela, que lo reconociera como su esposo, como padre de sus hijos y con el que fuera a vivir en común, opinaba que se trataba, como también opinaba el pueblo, de un lamentable error judicial.

Los tribunales italianos, que se inclinaron al principio por la hipótesis más probable, de ser el enfermo el profesor Canela, acabaron concluyendo, en forma sensacional, de que se trataba de Mario Bruneri.

Alegatos y apelaciones, nuevos papeles y nuevas pruebas. El proceso fué revisto. Nuevas disputas, nueva curiosidad en todo el mundo. Y, al final, se insiste en la decisión anterior: Mario Bruneri. Hasta se sospechaba de influencias junto al poder judicial. Se decía que la justicia italiana sólo tenía en miras un resultado: decidir que fuese Bruneri; o mejor, impedir a todo trance que la víctima se llamase profesor Julio Canela.

Y surgió la leyenda. Habían sido encontrados, con el "desmemoriado de Colegno", documentos que le otorgaban la posesión de valiosísimas propiedades. Se los dejara, agradecido, un monje que muriera en sus brazos en el curso de una batalla. Esas propiedades estarían en posesión del gobierno o de personas influyentes del p a r t i d o dominante.

Si fuese verdad, tendría una explicación razonable la decisión judicial, aunque fuera muy poco honesta. ¿Cómo afirmar, sin embargo, que era un hecho real o una simple leyenda creada por la fantasía popular?

A medida que el tiempo pasaba, se restauraba vagamente la memoria del infeliz. Pronto él mismo se reconoce como Julio Canela y comienza a recordar episodios de infancia.

¿Qué se adelantaba, sin embargo, con que el desmemoriado se reconociese como Canela, que se le reorganizase la personalidad perdida, cuando la ley ya había decidido que se trataba de Mario Brunerí el tipógrafo? Además, ¿no sería una mentira del interesado? O, por otra parte, ¿no quedaría mal un error semejante para el prestigio de los tribunales y de la ley? "Dura lex, sed lex"...

Y un velo de sombra cayó de nuevo sobre aquél, que particularmente se llamaba Canela y como Canela vivía, y oficialmente era Mario Bruneri, hasta que un día la desdichada familia resolvió buscar en el Brasil, donde residían sin sobresaltos, algunos parientes suyos.

Las autoridades italianas fueron inflexibles. Sólo darían pasaporte a Mario Bruneri. A Julio Canela, nunca.

Fué por eso que, con el nombre de Mario Bruneri salió de Italia el "desmemoriado de Colegno" y que en el Brasil pasó a llamarse Julio Canela.

Aquí, la prensa reveló abiertamente las persecuciones sufridas en su patria y afirmó que no existía ninguna duda en cuanto a su verdadera identidad: era Julio Canela y Julio Canela continuaría siendo. Recordaba el pasado y se había encontrado a sí mismo.

Pasaron algunos años. Por última vez, probablemente se levantó el telón sobre el doloroso drama de la familia Canela.

El año de 1941 vendría a traer, con sus incertidumbres, advenidas de la conflagración mundial, una nueva angustia al "desmemoriado de Colegno". En el último día de diciembre debería cerrarse el plazo que estableció el gobierno del Brasil para el registro de todos los extranjeros residentes en el país. Quien no pudiera hacerlo sería expulsado. Y los documentos de Julio Canela eran los documentos de un otro "yo": los documentos de Mario Bruneri.

La muerte del personaje principal, sin embargo, cerró el drama de su existencia. Y si fuese exigido, para el entierro, el pasaporte dado al "desmemoriado de Colegno", por el gobierno de Mussolini, Julio Canela sería enterrado ignominiosamente con el nombre de Mario Bruneri, tipógrafo, no profesor, e infamado de ladrón.

DESDE BRASIL — Prof. JOÃO DE SOUSA FERRAZ

LIBROS

PSICOLOGIA HUMANA, de Joao de Sousa Ferraz

De nuestro prestigioso colaborador en HOMBRE DE AMERICA, eminente profesor de psicología, pedagogía y didáctica en Brasil, y vastamente conocido en los ambientes culturales del continente, acaba de ser publicado por la "Editorial Americalee" este hermoso compendio que une a un lenguaje claro y metódico, muy adecuado para un verdadero texto, problemas vitales, de hondura psicológica, no ceñidos a un criterio expositivo sin propio discernimiento, sino apreciados en sus diversas fases y extraídos de sus directas fuentes. Por lo general dichos problemas son disminuidos en su valor esencial, y así escapan al neófito, en libros comunes de ciertos autores fatigosos y pesados. No es en verdad tarea fácil hacer asequible a un amplio público, sobre todo al de mediana cultura, un libro que abarca, diríamos, toda la intrincada red psicológica. Tortura de estudiantes suele volverse una de las más sutiles y atrayentes materias de los programas secundarios y universitarios. En este libro todo se salva para bien del lector: galanura en el decir, claridad en el concepto, método en la exposición, y sobre todo: profundo conocimiento del tema. Esta obra de Sousa Ferraz reafirma su ganado prestigio entre el público que lee castellano, que ya lo conocía por su ímproba labor literaria y su anterior libro traducido, "Nociones de psicología del niño", de gran éxito. Tradujo impecablemente Margarita Martín.

MARTI Y LA UTOPIA DE AMERICA, por Félix Lizaso

Director del "Archivo Martí", de La Habana (Cuba), y de varios libros sobre el libertador de Cuba, agrega Lizaso, bajo título tan sugestivo, un pequeño libro de gran profundidad. Sus capítulos son toda una definición: "Por lo real a lo ideal", "América, una en alma e intento", "La ilusión de un mundo mejor", "América, equilibrio del mundo". Describe al Martí profético, que es un Martí para hoy, que vislumbró una Nueva América, que él llamó "continente de la esperanza humana", y que inspiró la frase argentina de "América para la Humanidad". En verdad es, como dice bien Lizaso, que "no ha habido en América utopista más convencido que José Martí. Encarna como nadie la utopía de América".

Editó "Colección Ensayos", de La Habana, y es una obrita admirable para la exégesis de Martí.

HIPERION

NUESTRO CANJE

Boletín de Educación, Santa Fe. - *Correo de Asturias*, Buenos Aires. - *Cultura*, Cañada de Gómez. - *El Auto Argentino*, Buenos Aires. - *El Auto Colectivo*, Buenos Aires. - *El Argentino*, Saladillo. - *El Magisterio*, Corrientes. - *El Surco*, Cruz Alta. - *El Indio*, Buenos Aires. - *El auto Rosarino*, Rosario. - *Guaymallén*, Mendoza. - *Itinerario de América*, Buenos Aires. - *La Reforma*, Tucumán. - *La Verdad*, Teodolina. - *La Semana*, Villa Constitución. - *La Verdad*, Resistencia. - *Nueva Epoca*, General Alvear. - *Nueva Vida*, Avellaneda. - *Nueva Epoca*, Punta Alta. - *Sarmiento*, Rosario. - *Unión*, Rosario. - *Vida Comercial*, Rosario.

Boletín de Bibliografía, Yucateca (México). - *Boletín de la Unión Panamericana*, Wáshington. - *Chorotega*, Masaya (Nicaragua). - *El Pueblo*, Santa Lucía (Uruguay). - *El Observador*, Irapuato (México). - *En Viaje*, Santiago (Chile). - *La Libertad*, San Carlos (Uruguay). - *L'Adunata dei Refrattari*, N. York (USA). - *México Agrario*, México. - *Marcha*, Montevideo (Uruguay). - *Normas*, O. de Lavalle, Uruguay. - *Mancomunidad*, México. - *Renovación*, Caracas (Venezuela). - *Tierra Libre*, La Habana (Cuba).

HOMBRE DE AMERICA
FUERTE Y LIBRE

AÑO III — OCTUBRE DE 1942 — Nº 16

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 071781

NOMINA DE COLABORADORES

POR ORDEN ALFABETICO

Paco Aguilar -- Miguel Angel Angueira -- Germán Arciniegas.

Tito L. Bancescu -- Julio R. Barcos -- Leónidas Barletta -- José Basiglio Agosti -- Prof. Francisco C. Bendicente -- Ing. Carlos Bianchi -- Aurora Bogú -- Herminia Brumana -- Marta Brunet -- Antonio J. Bucich.

Dr. Edgardo Casella -- Oscar Cerruto -- Dr. Florencio Charola -- Justino Cornejo (Ecuador) -- Dr. Enrique Corona Martínez -- Olga Cossettini -- Dardo Cúneo.

Carlos de Baraibar -- A. Díaz Urrieta -- Serafín Delmar.

Luis Fernández Zárate -- Waldo Frank (Estados Unidos).

Gerardo Gallegos (Cuba) -- Dr. Rafael Grinfeld -- Gilberto González y Contreras (Cuba).

Jorge Hess -- Prof. Dr. Alfonso L. Herrera (México) -- Josua Hochstein (Estados Unidos).

Dr. Juan Lazarte -- Layle Lane (Estados Unidos) -- Dr. Enrique Loedel Palumbo -- Alfonso Longuet.

Dr. Manuel Martín Fernández -- Mauricio Magdaleno (México) -- Ing. Jacobo Maguid -- Alberto Maritano -- Aurelio Martínez (Perú) -- Ing. Aquiles Martínez Civelli -- Augusto Mateu Cueva (Perú) -- Félix Molina Téllez.

Dr. Isidro J. Odena -- Juan G. Olmedilla -- Luis Orsetti.

Lucila Palacios (Venezuela) -- Armando Panizza -- María Luisa Petettin -- Magda Portal -- Enrique Portugal -- Jacobo Prince.

Eugen Relgis (Rumania) -- José Riera (Bolivia) -- Octavio Rivas Rooney -- Horacio E. Roqué.

Dr. L. Sack -- Dr. Alberto Sagastume Berra -- Diego Abad de Santillán -- Dr. Jaime Scolnik -- S. Fanny Simon (Estados Unidos) -- Dr. Joao de Souza Ferraz (Brasil) -- Juan Antonio Solari -- Agustín Souchy.

Dr. Saúl Taborda -- Andrés Townsend Escurra -- Jacinto Toryho -- Prof. Víctor Troncoso (Chile) -- Ricardo Tudela.

Abraham Valdez (Bolivia) -- Rafael Heliodoro Valle (México) -- Antonio Vázquez Escalante -- Arturo Vilches -- Dr. Elemer von Karman.

Alvaro Yunque.

ILUSTRADORES

Camblor - Carybé - Gustavo Cochet - Emma Jauch - Kras - Pedro Olmos - José Planas - Francisco A. de Santo - Demetrio Urruchúa.

Dirección: A. CUPIT

Redacción y Administración: ALSINA 736 BUENOS AIRES República Argentina U. T. 34 -- Defensa 0297

Toda la correspondencia debe ser dirigida a nombre de A. CUPIT. Giros y toda clase de valores a VICENTE CASADO

Suscripción anual:
ARGENTINA: $ 3.50
EXTERIOR: 1 dólar
Ejemplar: 30 centavos
Exterior: 0.10 dólar

La responsabilidad de los conceptos e ideas expuestos en los trabajos firmados que se publican, incumbe exclusivamente a sus autores. El Comité de Dirección, de acuerdo con el criterio enunciado en la Declaración inicial, no ejerce censura previa sobre las colaboraciones, ni aun en las secciones fijas, a cargo de redactores permanentes. Por tanto, declara que en ningún caso ellas implican una opinión oficial de HOMBRE DE AMERICA.

CORREO ARGENTINO
TARIFA REDUCIDA
Concesión Nº 4989

Impreso en Argentina
Printed in Argentina